

A romantic couple is shown in a close embrace, lying in bed. The woman, with long blonde hair, is on the left, and the man, with a beard and brown hair, is on the right. They are both looking down and smiling softly. The bed has a blue and white patterned duvet and a dark metal headboard. The background shows a window with light-colored curtains. The overall mood is intimate and tender.

MINERVA ROS

DOS BESOS
de más

A romantic couple is shown in a close embrace, lying in bed. The woman, with blonde hair, is on the left, and the man, with a beard, is on the right. They are both looking down and appear to be kissing or about to kiss. The bed has a blue and white patterned blanket and a dark metal headboard. The background shows a window with orange curtains. The overall mood is intimate and tender.

MINERVA ROS

DOS BESOS
de más

Dos besos de más

Minerva Ros

© Minerva Ros, 2020

Fotografía de portada: Toa Hefiba (Unsplash).

Todos los derechos reservados.

Prólogo

Había sido uno de los turnos más horribles en los que había trabajado. Todo había salido mal, y Lucía era consciente de que si habían conseguido llegar al final del día sin hojas de reclamaciones o la policía incordiándoles en la entrada había sido exclusivamente porque Diego había desplegado todo su encanto. Estaba cabreado porque le había tocado a él supervisar aquel turno del demonio, porque Lucas se había puesto a vomitar en la cocina y habían tenido que tirar una tanda de hamburguesas que se encontraba peligrosamente cerca del asqueroso cerco de jugos gástricos del camarero. Todos estaban cansados, porque, aunque se alegraban de que el restaurante fuera bien, los fines de semana eran agotadores y los jefes recortaban todo lo que podían en personal, y no les importaba la tremenda carga de trabajo que tenían que asumir. Les salía más barato darles un pequeño plus a fin de mes que contratar a más camareros. Cuando salía el tema, Diego siempre se ponía a blasfemar en argentino por todo el office, sin cortarse. Luego tomaba aire y volvía a salir a sala con la sonrisa de siempre. Aquella noche habían tenido que aguantar un turno especialmente intenso y sin poder suplir a Lucas cuando se marchó a casa con una gastroenteritis de caballo. Uno de los jefes del local, al que hacía poco le había dado un aire y decía que quería involucrarse en el negocio y no ser solamente socio capitalista, había hecho mal un pedido, por no tener ni idea y carecer de un mínimo de humildad para reconocerlo, básicamente, y al poco de empezar se habían quedado sin la salsa de las patatas fritas estrella de la carta y habían tenido que mandar a uno de los pinches corriendo al supermercado de la esquina a por tomates, y había sido Diego, y no el jefecillo de los cojones, el que había tenido que lidiar con las ínfulas del cocinero porque esos no eran los tomates roma que había pedido, sino que ponía en el envoltorio que eran tomates pera.

—Son lo mismo, Carlo.

—No lo son, Diego, ¡la receta no va a quedar igual! ¡Este niño es un inútil!

—¡Son lo puto mismo, Carlo! —insistió Diego con aparente calma, mirándole fijamente e intentando hacerle entender por las buenas que no añadiera leña a aquel infierno.

Al rato, un grupo de amigos que estaban en la primera parada de su parranda nocturna, con varias cervezas de más entre pecho y espalda, se pusieron a gritarle obscenidades a Ana y a tirarle pellizcos al culo cuando les traía los pedidos. Ana, por supuesto, le propinó a uno de ellos tal bofetada que le puso a llorar del susto. Gritos, amenazas con llamar a la policía, exigencias de hojas de reclamaciones, Diego que sale, pone orden, manda a Ana a otro lado, se encara con los tipos, los tipos que al final se marchan por no pelearse con ese encargado de más de metro noventa que está en mejor forma física que todos ellos juntos.

Los de la mesa once, una pareja tan acaramelada que estaban empezando a dar un poco de asco, se intentaron marchar sin pagar sobre las diez de la noche. Estalló una copa de vino en uno de los lavavajillas, y hasta que alguien pudo tomarse un rato para deshacerse de los cristales anduvieron corriendo de un lado a otro con los platos sucios e incluso lavando cosas a mano para salir del paso.

Cuando por fin echaron abajo la persiana, con todo aún por recoger y fregar, Diego decidió

tomarse un momento junto a la salida de atrás. Y allá se lo encontró Lucía cuando sacaba una de las primeras tandas de bolsas de basura. Diego fumaba, con los ojos entornados, masajeándose el cuello, y a ella le parecía que no podía existir en el mundo, objetivamente hablando, nadie más sexy. Ninguna estrella de Hollywood, ningún modelo de ropa interior, con más atractivo que aquel hombre cansado y sudoroso, y aún así divino bajo la luz de las farolas.

Diego le ofreció el cigarrillo.

—No fumo —dijo Lucía.

—Yo lo estoy dejando —comentó Diego. Y Lucía cogió el cigarro y le dio una calada porque, básicamente, en ese instante le apetecía mucho tener en los labios algo que hubiera pasado por la boca de Diego.

Fumaron un par de minutos en silencio, con cierta complicidad.

—Después de esto necesito librar como tres años —bromeó Diego restregándose la barba y provocándole a Lucía un pequeño brote de placer.

Fue entonces cuando a ella se le pasó algo por la cabeza, muy fugazmente.

Estaba segura de que aquel arrebato se debía al cansancio y a la tensión acumulada del día, y quizá a que, como todo ser humano que lo tuviera cerca, había tenido algún que otro sueño erótico con él. Sabía cómo era Diego, y sabía cómo era ella. Conocía a la clase de chicas que le gustaban a él, con las que coqueteaba y que solían acompañarlo, incluida aquella ocasión en que lo pilló allí mismo, hacía unos meses, en la parte sin luz del callejón, mientras la rubia de la mesa ocho que no había dejado de lanzarle miradas coquetas toda la noche estaba de rodillas frente a él. Lucía se acordaba de la vergüenza, de la curiosidad y de la irresistible cara de placer de Diego, antes de escabullirse de vuelta al office intentando no ser vista.

Diego era de los que dejaba que una clienta le hiciera una mamada en el callejón de atrás en pleno turno y después volvía al trabajo como si nada. Ella no se acercaba siquiera a tener un mínimo de aquella osadía, pero en ese momento, como si estuviera borracha, andaba con todos los cables cruzados.

—¿Tienes algo que hacer después? —le preguntó, aparentemente indiferente, pero también intentando dejar caer que le gustaría llevárselo a casa, o a cualquier otro lugar, y quizá hacerle lo de la rubia de la mesa ocho.

—Me iré a intentar dormir todo lo que me deje el cuerpo —dijo Diego con un suspiro de cansancio, mirando el vacío.

Lucía aún lo observó un poco más sin entender si se trataba de una indirecta o no se había dado cuenta. Fuera lo que fuese, se alegró, porque en el momento en que la supuesta invitación a acostarse con ella salió de su boca, se le derrumbaron las ganas. ¿En qué estaría pensando?

No iba a ser la primera camarera que se pillaba por Diego y después de que él se lo pasara bien un par de días se tenía que acabar marchando destrozada, porque Diego era incapaz de mantener

ninguna clase de relación más allá de la cama. O de los callejones traseros. Y, lo peor, ella ni siquiera estaba pillada por él. Le gustaba porque tenía ojos en la cara y era imposible no fijarse en sus pectorales, o en su espalda tensa y musculada cuando se agachaba a recoger una caja o a colocar el género en las baldas, o cuando se desvestía sin disimulo delante de quien fuera en los vestuarios y dejaba al aire los tatuajes y el cuerpo fibroso por todo el deporte que practicaba. Y era un compañero agradable y divertido. Pero, más allá de eso, ni siquiera era su tipo. Más allá del sexo, nunca tendrían ningún tema de conversación interesante.

Y Lucía no se sentía capaz de estar con alguien solo por el sexo. Ni siquiera con Diego. Se lo había propuesto muchas veces, pero no le funcionaba. Lucía era de las que sin pensarlo se enamoraba con el primer golpe de viento, y normalmente esperaba que las relaciones fueran mucho mejores de lo que eran en realidad. Ella no sabía estar sin la ternura ni las palabras bonitas, y se le iba toda excitación de pensar en terminar de follar y levantarse de la cama como si nada.

Lucía le devolvió el cigarrillo y estiró los brazos.

—Hale, Lucita, nos toca pringar.

Lucía volvió a la realidad. Diego se había liado con muchas, y se acostaría con muchas más, sin duda. Pero Lucía nunca sería una de ellas, y todo estaba bien así.

Capítulo 1

Dos años después

No supo bien por qué se fijó, porque ella nunca levantaba la cabeza cuando iba de camino a la boca del metro, y menos cuando iba tan embebida en su propio mundo y se acercaba peligrosamente la hora de la comida. Sin embargo, ahí estaba; acababa de pasar por su lado y era él. No la había reconocido. Ella se giró y le buscó con la mirada hasta localizarle entre el gentío, un poco antes de llegar al paso de cebra de la avenida.

—¡Diego! —le llamó para que no desapareciera—. ¡Diego!

Y él se giró.

No pudo evitar sonreír al ver a su viejo compañero de trabajo, tan alto, tan rubio, de ojos de color avellana y un atractivo natural como pocos había conocido en su vida, con el pelo un poco más largo de como lo recordaba recogido en un pequeño moño desaliñado, una camiseta de manga corta que había conocido tiempos mejores y unos enormes pantalones de payaso de color verde botella bailando en la cintura solo sujetos por unos tirantes a sus hombros. Parecía que estuviera dentro de una piscina portátil. Al principio, cuando él se giró y la reconoció, ella solo sonrió, pero al verle así vestido no pudo evitar echarse a reír.

Él la reconoció a lo lejos y también sonrió, señalándose los pantalones. Y de repente eran dos viejos amigos partidos de risa en mitad de la calle un día cualquiera.

Quizá fue la impresión de la indumentaria, o que realmente en aquel día gris se alegraba mucho de encontrarse con alguien que, en su tiempo, llegó a ser un buen compañero, e incluso un poco amigo a ratos, con quien compartió muchas horas de su vida. El hecho es que, en vez de saludarle de manera normal (llevaban unos dos o tres años sin verse, desde que ella dejó el restaurante), se acercó a él y le dio un verdadero abrazo de oso, muerta de la risa.

Y en ese momento él se quedó bastante impresionado por lo que estaba pasando. No se esperaba el abrazo, ni la risa. Tampoco es que esperase recibir indiferencia al pasearse vestido de payaso por media ciudad, pero el calor de aquel abrazo (la cercanía de ella, la risa, y el sol que le hacía desprender un aroma dulzón a su pelo, la mano de ella acariciándole el hombro y dándole una palmadita), los dos o tres segundos que duró, le hizo sentir bienvenido por primera vez en mucho tiempo.

—Qué pasa, Lucita... —se rio él cuando ella se apartó, llamándola como siempre lo hacía en el trabajo, como si se hubieran visto hacía un rato—. ¿A que voy elegante?

—¡Pero cómo es esto! —se rio ella—. ¿Qué tal estás? ¿Cómo te va todo?

—Pues voy de camino al trabajo.

—¿Dónde trabajas? —dijo ella señalando el disfraz.

—¡No! —se rio él—. Sigo en el restaurante. Esto es otro asunto... ¿es largo de contar!

—Pues me lo vas a tener que explicar algún día. ¿Vas con prisa?

—Un poco sí. Normalmente tengo el turno de mañana, hoy es un día raro.

—Yo también tengo prisa... pero no me voy a quedar con las ganas de saber qué es esto.

Señaló los pantalones. Él los estiró, haciendo que abarcasen todo su esplendor.

—De verdad que es una larga historia.

—Yo también vengo de un pequeño trabajo que me ha salido —explicó Lucía—; poco tiempo, una semana. A esta hora siempre vuelvo a casa. Qué raro y qué bueno encontrarnos, nunca paso por aquí...

Miró a Lucía y se dio cuenta de que no había cambiado mucho en aquellos dos años largos, aunque había engordado un poco y se había dejado crecer el pelo, y eso la hacía parecer aún más pequeña y menuda. Siempre se metía con ella en el trabajo porque apenas superaba el metro y medio y le costaba alcanzar cosas de los estantes o realizar algunas tareas de carga. Ella le sonreía y, de alguna manera, se dio cuenta de que eso le iluminaba el día, que por lo demás seguía teniendo el mismo tono cenizo del resto de la semana y del último mes. Sintió algo por dentro que le instaba a no perderse aquello de nuevo.

—¿Sigues teniendo el mismo teléfono? —se lanzó él—. Creo que todavía te tengo en la agenda.

—Sí. Si no, búscame por Facebook y quedamos algún rato. ¡Y me cuentas! —insistió ella señalando a sus pantalones. Luego se volvió a pegar a él y repitió una versión menos efusiva del primer abrazo, pero que a Diego le hizo sentir igual que la vez anterior—. Pero no veas cómo me alegro de verte, de verdad. ¡Llámame!

Y se alejó de camino al metro, con todo su complicado día por delante.

Capítulo 2

Desde la reestructuración del negocio, hacía poco más de un año, se trabajaba mucho mejor en el restaurante. A pesar de las idas y venidas de socios y dueños, Diego había permanecido allí como una parte más de aquel local de comida italiana que, con los años, y a pesar de todo, se había convertido en un pequeño referente en la ciudad. Diego ahora tenía más libertad para gestionar al personal y los turnos, y los nuevos jefes («Ojalá duren mucho esta vez», rezaba Diego a la nada) le permitieron escoger personalmente a los nuevos camareros, y así él había conseguido tener un equipo bastante apañado, lejos de los agobios, de las impuntualidades y la falta de profesionalidad de hacía tiempo.

Aun así, aunque siempre conseguían que los turnos discurrieran de la forma más agradable posible y no les faltaba trabajo, aquel día Diego solo sentía ganas de esconderse en los vestuarios, y pasó más tiempo del que debía entre la oficina y la despensa con la excusa de que debía revisar unos albaranes. En realidad, no tenía ganas de tratar con nadie.

Excepto con una persona.

En cualquier otro momento no hubiera significado gran cosa, pero aquel día en especial le costaba olvidarse del encuentro con Lucía. Al final del turno, incapaz de huir de sus pensamientos, ya estaba decidido a escribirle esa misma noche para quedar, por raro que resultase. Había algo en la compañía de Lucía que necesitaba en ese momento para salir del bache emocional del que no sabía deshacerse, aunque no era capaz de entender el qué. Él había decidido cambiar, y eso significa dejar el sexo de lado por un tiempo, al menos el suficiente como para que no influyera en sus decisiones cotidianas. No pisaba terreno firme, y lo sabía.

A Lucía le sorprendió que Diego tardase menos de un día en llamarla, y que no le dejara un mensaje de texto sin más, sino uno de audio con aquella voz suya danzarina que aún, a pesar de los más de quince años que llevaba en España, conservaba cierto acento argentino que muchas de sus conocidas en común aseguraban que tenía un efecto «mojabragas» inmediato. Pero le sorprendió aún más encontrárselo en la pequeña placita donde se habían citado con una pinta tan diferente a como lo vio el primer día. Era imposible que aquel tipo no resultase atractivo, aun metido dentro de unos pantalones de payaso gigantes, o un disfraz de perrito caliente, o de alienígena carnívoro. Se había dejado el pelo suelto y llevaba unos vaqueros y una chaqueta de vestir encima de la camiseta. Iba mucho más arreglado de lo que Lucía esperaba para pasar una tarde informal poniéndose al día como dos viejos amigos, y sonrió al verla.

Ella iba como siempre, en vaqueros y camiseta, y la única diferencia era que se había puesto un poco de maquillaje para disimular las ojeras de aquella horrible semana de trabajo. Desentonaban como la noche y el día, y aquella sensación le resultó tan familiar que se sintió más a gusto que nunca.

No tenía que impresionarle. No tenía que buscar una técnica para seducirle, ni para parecerle interesante. No tenía que ser nada más que ella misma.

Diego siempre se las apañaba para llamar la atención de las mujeres (y los hombres) que tuviese

alrededor; y sabía cómo usarlo. En el trabajo aprovechaba aquel encanto para vender más. Se le daban especialmente bien los grupos de mujeres de mediana edad que habían dejado a sus maridos en casa para una «noche de chicas». Cuando veían que uno de esos grupitos de mujeres alteradas había llegado al restaurante, automáticamente se arreglaban para repartirse de nuevo las mesas y dejarle a Diego el campo libre. Se presentaba, les decía que iba a ser su camarero y entonces se arremangaba disimuladamente la camisa dejando entrever alguno de los tatuajes que llevaba en los antebrazos. Y ya está, no tenía que hacer más. Con mirarlas a los ojos y sonreírles un poco, si él decía que el plato del día era una delicia, aquellas mujeres lo pedirían, aunque en realidad fuese una bazofia a medio caducar. Y les colocaba postres, y café, y alguna que otra copa de licor, y lo que hiciera falta.

Durante los años que trabajaron juntos ella conoció a algunas de sus novias, todas guapísimas y perfectas, altas como él y llamativas a más no poder. Alguna vez salieron en grupo con los del trabajo y vio cómo prácticamente podía ligar con quien quisiera. Diego adoraba coquetear, aunque fuera sin ninguna intención oculta, por puro placer de sentirse poderoso unos instantes, de recibir aquellas miradas a cambio. Lo hacía sutilmente o con descaro, según el momento. Sabía qué clase de caricia medidamente descuidada en la mano surtía efecto, qué clase de guiño o de media sonrisa hacía que la interlocutora le prestara toda su atención. Por eso Lucía se sentía a gusto con él: ella no se acercaba, ni de lejos, a su ideal femenino, así que siempre la trataba más como a una hermana pequeña con la que meterse y bromear que con un posible ligue. Lucía no podía decir que Diego no le gustase; pero más allá de darse el gusto de mirarle alguna vez el trasero en un giro dentro del office, sabía que con él jamás tendría una relación, ni posibilidad de intentarlo; y lo tenía tan aceptado que eso les permitió llevarse bien todo el tiempo que trabajaron juntos. Las compañías y las amistades de Diego, más allá de lo laboral, no tenían nada que ver con las de Lucía. En aquella época, además, fue cuando a ella comenzaron a publicarle los primeros cuentos y poemas en algunas revistas literarias; también fue cuando empezó a conocer a todos aquellos artistas y escritores que la dejaban obnubilada con su saber hacer y su excentricidad. Los amigos de Diego se pillaban borracheras con absenta y bailaban música electrónica en sótanos semiclandestinos donde solo dejaban entrar a gente selecta. Lucía, en cambio, odiaba salir de fiesta, pero se deshacía por las charlas de escritores en un bar perdido del casco viejo, hasta arriba de vino y con el amanecer a punto de latir. Luego se veían en el trabajo, bromeaban y se lo pasaban todo lo bien que era posible hasta el final del turno.

Todo eso, pensó Diego, había quedado atrás para ella hacía mucho tiempo, aunque para él siguiera incómodamente vigente. La vio venir y sonrió. Seguía siendo la misma Lucita con sus pintas desaguisadas y sin intención de impresionar a nadie que, sin embargo, ahora no podía evitar impresionarle a él. No sabía bien qué estaba pasando, y no se permitía pensar demasiado en ello, pero sentía la necesidad de que le sonriese de nuevo. Y aquella sensación, aquella premura (sin duda, se decía, motivada por el asco de vida que llevaba últimamente) había sido lo que hizo que se pasase el turno acordándose de ella, que la buscase en su agenda nada más salir de trabajar y que no quisiera esperar más para quedar. Era la misma de siempre, pero él la veía diferente, y eso le intrigaba. Se le notaban las caderas anchas y se le marcaban más los pómulos de las mejillas, bajo sus ojos oscuros y grandes. En su tiempo, cuando trabajaban juntos, siempre le había parecido que Lucía entraba dentro de la categoría de esas chicas sencillas y guapas que agradaban la vista al verlas pasar, que tienen relaciones largas y serias con abogados, o médicos, o esa clase de tipos, y que aspiran a la estabilidad. Le intrigaban los chicos por lo que ella se colaba, siempre con pintas de bohemios locos, exagerando el cinismo hasta el límite de lo descortés y que tarde o

temprano la acababan dejando tirada. Diego pensaba que aquellos gorros y sombreros, las chaquetas de tweed, los fulares, servían para disimular lo feos que eran y darse un aura de clase y estilo que no tenían, y poder ligarse de paso a chicas como Lucía, que en realidad estaban bastante fuera de su alcance. En los cruces por el office se lo decía a Lucía para pincharla, y también la acusaba de babear por tipos sin gracia alguna; y Lucía siempre se quejaba e intentaba defenderse. «A mí es que los guapos como tú me impresionan de primeras, pero después me aburren, la verdad», le dijo ella una vez en una de las peleas dialécticas en la trastienda.

En su día, el comentario le hizo reír. Ahora, por alguna razón, le rebotaba en la memoria con un poco de acidez.

Se saludaron con dos besos y él volvió a percatarse del olor del sol de su pelo.

—Había esperado los pantalones de payaso, Diego —le reprochó Lucía.

Él se rio.

—Tuve que devolverlos, lo siento.

—¿Te parece bien si vamos a una cafetería que hay aquí cerca? Así mato dos pájaros de un tiro. Y te enseño una cosa que me hace ilusión.

A Diego le sorprendió el comentario. Le sorprendió que ella quisiera compartir algo de verdad con él.

La cafetería estaba a menos de cinco minutos, así que no les dio tiempo a hablar mucho en el camino. Al entrar, Lucía se puso a buscar algo entre las mesas de libros. Saludó con un gesto de cabeza al dependiente, que la sonrió como si la conociera. Diego observó el local con interés. Era una especie de cueva, donde la mitad de espacio tenía libros y, al fondo, una barra y unas mesas de madera, recicladas y desaparejadas. Había gente, aunque no estaba lleno, y sonaba música suave de fondo. Lucía chistó en bajito, llamándole.

—Mira —le dijo señalándole un montón de libros con una sonrisa radiante. Y él miró: entre los libros había una fotografía de Lucía anunciando su poemario como «La lectura de la semana». Y en la fotografía en blanco y negro ella tenía el semblante serio y oculto en parte por la sombra, con el pelo recogido y algunos mechones batiéndose en el aire que sacudía la ciudad del fondo.

Diego cogió uno de sus libros expuestos para intentar disimular la plácida impresión que le surgió al verla: estaba guapísima. Era la misma persona que él había conocido tan bien, pero, al mismo tiempo, no lo era.

—Vaya honor, ¿no? —dijo él.

—Sí... No es que quiera fardar ni nada por el estilo; pero me lo han dicho hoy los de la editorial y ya que habíamos quedado por aquí... quería pasarme a verlo. Me hace ilusión.

Y se encogió de hombros sonriendo igual que una niña pequeña ante sus regalos de Navidad.

Diego la miraba con ojos raros, y Lucía no sabía interpretarlo. Estaba amable, y agradable, pero en el fondo hubiera esperado volver a encontrarse con el Diego que siempre se metía con ella, que la llamaba enana y le revolvía el pelo al pasar. Ahora había un Diego comedido, serio y, le daba la sensación, afectado por algo.

—¡Pero no es para tanto, eh! —dijo ella llevándose de allí hacia una de las mesas—. Desde luego esto no me da para comer.

—Bueno, luego me llevaré un ejemplar, quiero leerlo —dijo él.

—¡No! —se rio ella.

—No me digas que te da vergüenza.

—Un poco sí —admitió ella.

Se sentaron, pidieron un par de cervezas al camarero, que la había reconocido y los invitó a unas tapas. Y poco a poco Diego fue recuperándose.

—Creo que el camarero te hace ojitos —bromeó él.

Lucía se giró un poco para observarlo. El chico estaba inclinado sobre la barra, concentrado en una hoja de cálculo en la que tomaba apuntes.

—Creo que no... —Diego se rio y Lucía entendió que estaba bromeando. Y la preocupación se le empezó a pasar—. Igualmente, tampoco me daría cuenta. Nunca me doy cuenta de esas cosas.

Después hablaron de cómo les había ido, y Lucía explicó que iba publicando cosas, y empezaban a conocerla. Incluso había salido en el periódico alguna vez. El mundo de la poesía, o de la literatura contemporánea en general, era complicado. Dinero no daba, pero le abría puertas. Gracias a eso había conseguido un trabajo en una librería de viejo del centro y casi siempre le gustaba mucho. Tenía todos los libros que quería a su alcance y estaba aprendiendo a localizar ejemplares raros o perdidos. De vez en cuando alguien les pedía que fueran a catalogar la vieja biblioteca personal de alguien y ver cuánto dinero se podía sacar. Lucía admitió que no le gustaba demasiado hacerlo, porque aunque parecía que era apasionante pasarse varios días buceando en busca de tesoros, lo que solían encontrarse era mucho polvo y ejemplares que apenas valían su peso en papel.

Y esta semana le había tocado a ella encargarse de una de esas bibliotecas que estaba en el quinto pino y cuya dueña, la hija del finado, no le quitaba ojo de encima con una actitud digna de una villana de Disney, pensando que Lucía la iba a timar, o iba a robarle, o a desenterrar los huesos de su padre para hacer un ritual, o algo peor. Y estaba siendo complicado hasta el punto de haber hablado con su jefe un par de veces para dejarlo y no volver.

Diego, por su parte, no habló mucho de sí. Estaba soltero («Como siempre, ¿no?», le dijo Lucía con un guiño, y a pesar de todo se sintió molesto por el comentario; no con ella, sino con él mismo). Seguía en el restaurante, ahora en el turno de mediodía y como supervisor jefe, porque por las noches a veces le salía algún trabajo de fotógrafo para eventos. E, igual que a ella, no le

daba nunca para dejar el restaurante. Lucía se alegró de escucharle decir que había terminado de estudiar fotografía, porque cuando ellos coincidieron siempre tenía los estudios a medias y había temporadas en que lo dejaba, desencantado, para retomarlo meses después. Sin embargo, le daba la sensación de que Diego no estaba tan bien como aparentaba. Le veía más apagado y tenía aquella expresión indescifrable al mirarla.

—Lo mío no es tan espectacular —intentó excusarse Lucía—. Parece que estoy ahí, en la cresta de la ola, pero en el fondo, como dice mi madre, solo parezco un poco menos muerta de hambre que antes.

—Tu madre... —asintió Diego.

—Ya.

En alguna ocasión Lucía le había contado algo de su vida y de los problemas que a menudo le ocasionaba su madre. Los padres de Lucía se separaron cuando ella era pequeña y su padre se mudó al otro extremo del país. Años después, su madre se volvió a casar con un hombre de clase alta de los de yate privado y chalé con piscina en urbanización de las afueras. Su padrastro era un tipo agradable, y Lucía siempre se había llevado bien con él, pero ella y su hermana mayor se criaron en un entorno mucho más humilde y ella nunca supo adaptarse a la nueva normalidad de su familia. Agradecía las atenciones de su padrastro y su madre, pero cuando fue mayor de edad decidió que se las apañaría sola, aunque tuviera que ser sin lujos. Para su madre aquella decisión había sido una especie de ofensa personal; para ella, el haber encontrado a su marido, el haber podido enamorarse de nuevo y el hecho de que él se hiciese cargo de sus dos hijas adolescentes había sido más que el gordo y la primitiva juntos. No es que fuese una materialista sin corazón, sino que se sentía tan agradecida por aquel golpe de suerte que a veces perdía un poco el norte. Por eso no podía entender la rebeldía de su pequeña, ni su extraña colección de trabajos en hostelería y de dependienta, ni su afición por la literatura y las artes.

Por su parte, la familia de Diego había venido de Argentina hacía más de quince años. Estaban bien, se llevaban bien, tenían un pequeño comercio de barrio y vivían sin complicaciones. Se relacionaba con ellos lo justo para que no le censurasen por sus fiestas y sus desmadres y alguna vez les llevó a alguna de sus novias, para impresionarles un poco. Él era el mediano de tres. Lucía los conoció una vez que fueron al restaurante a comer por Navidad y le sorprendió que los hermanos y el padre de Diego fueran casi más guapos que él. No podía entender cómo era posible toda aquella perfección.

Conversaron durante un par de horas de los viejos trabajos y los antiguos compañeros, bebieron cerveza, se rieron acordándose de anécdotas y después Lucía se disculpó y dijo que tenía que irse, porque al día siguiente madrugaba. Quedaron para verse otro día, pero sin concretar nada. Lucía se había alegrado mucho de verle, y se había sentido muy a gusto charlando con él, pero sospechaba que su próximo encuentro, si se daba, no sería pronto. No había sido de esa clase de citas, y no pasaba nada. Hacía mucho que ella no quedaba con nadie, y lo prefería así. Diego se empeñó en acompañarla de regreso hasta la plazuela del metro y se despidieron. Esta vez fue Diego el que la abrazó y, para su sorpresa, le dijo al oído:

—Gracias de verdad por el rato.

Ella se extrañó y sonrió, apartándose un poco cohibida y tratando de quitarle intensidad al momento.

—Pues ni siquiera me has contado lo de los pantalones de payaso. No puede ser —bromeó.

Después se marchó en dirección al metro. Él se quedó allí viéndola desaparecer escaleras abajo, con las manos en los bolsillos y sin saber muy bien qué hacer. Esperó un rato antes de echar a andar hacia su casa. Algo había pasado aquella tarde, aunque no sabía qué era.

Capítulo 3

Diego se despertó pronto, nada más la luz del sol empezó a traspasar la persiana del balcón. Se quedó unos instantes en la cama, pensativo. Había soñado con que ella sonreía. No sabía qué más había ocurrido en el sueño, salvo que la veía en la fotografía en blanco y negro de la librería y, en vez de estar seria, sonreía. Y bromeaba. Se levantó, fue a mear, puso al fuego la cafetera que dejaba preparada por la noche. Se sentó en la mesa del salón que le servía de escritorio y revisó en su cámara las fotografías del último trabajo casi por inercia. Sacó la tarjeta de memoria, la colocó dentro del ordenador, lo encendió. Todo por inercia, como todas las mañanas. Tostó pan y le echó mermelada, y se sirvió una taza de café negro cuando estuvo listo. El estudio era tan pequeño que toda la casa se impregnaba durante un largo rato del olor del café, y era su momento favorito del día.

Pasaban pocos minutos de las ocho, según el reloj del ordenador. Los pantalones de payaso estaban extendidos aún en su sofá y al verlos se sintió mal. Tendría que regresar a devolverlos y era lo último que le apetecía. El día anterior fue incapaz de contarle a Lucía por qué los llevaba puestos aquel día. Entró en el programa de edición para descargarse las fotos de la tarjeta. Después, sin pensarlo demasiado, se metió en Google y buscó a Lucía. Encontró dos artículos del periódico donde hablaban de ella y decían cosas buenas de su escritura. Le alegró ver que lo había conseguido, de todas aquellas veces que ella le confesaba con un poco de timidez que estaba escribiendo, o cuando le contaba que le habían dejado recitar alguno de sus poemas. Uno de los reportajes era el que tenía las fotos en blanco y negro como la de la librería. Se quedó unos segundos parado delante de la fotografía de la pantalla. De repente, cerró el ordenador, dejó media tostada en el plato, se terminó el café de un sorbo y se desnudó para meterse en la ducha y salir lo antes posible de casa. Se acababa de dar cuenta de que ayer, con la cosa del momento, no se hizo con el libro de poemas de Lucía, y era consciente de que no había otra cosa en el mundo que deseara más que leer sus poemas, aunque la única poesía a la que se había acercado en su vida fuera la de Lope de Vega, Cervantes y los de su clase cuando le obligaron en la escuela.

La librería no le pillaba de camino, pero abría a las nueve y no quiso ir a buscar el libro a ningún otro sitio. Quería saber si la fotografía seguiría impresionándole, y por qué. Cuando llegó acababan de subir la persiana, y entró buscando la mesa de novedades. Allí seguía y sí, le impresionó, pero siguió sin saber por qué. Se sentía a la vez cómodo e incómodo observándola. Cómodo porque era Lucía, Lucita, siempre le hacía reír y su conversación le sentaba bien. Incómodo porque lo que le provocaba aquella fotografía no se parecía a aquella camaradería, ni se parecía tampoco al deseo ni la sensualidad con la que se relacionaba con otras mujeres, y era algo que no sabía identificar.

Cogió uno de los ejemplares, pagó, y se dirigió de vuelta al metro. Llevaba el libro en la mano y cuando paró en el arcén a esperar el tren lo abrió. Miró detenidamente la fotografía de Lucía y su breve biografía, y estuvo ojeando sin leer nada, pendiente del tren y de su hora de entrada al trabajo, hasta que dio con unos versos que le llamaron la atención.

Esa sensación que se te clava,

y no es una estaca, sino una astilla

que se hunde invisible

en tu carne.

Solo te palpas, sangras, duele.

Y cuanto más palpas, más honda,

más sangras.

Más duele.

Si era verdad lo que decían de la poesía, aquello describía de manera muy precisa cómo se sentía desde que Ellen le dejó, pero era incapaz de expresarlo. Y si algo escrito por otra persona te describe a ti tan bien por dentro, dedujo, debe ser bueno. Y como él actuaba a veces así, como si de repente las ideas llevaran siglos vagando por su mente hasta materializarse, convencido sacó su móvil del bolsillo y llamó a Lucía. Ni mensajes ni preámbulos. Ella tardó un par de tonos en contestar.

—Hola. ¿Qué tal estás? —dijo él, cayendo de pronto en que quizá estuviera en el trabajo, u ocupada.

O con algún novio de esos suyos. No le gustaba esa idea.

Lucía sonó un poco sorprendida, pero le devolvió el saludo con amabilidad.

—Hola, majo. Pues estoy bien —bajó la voz con una pequeña risa—. En la casa de la bruja inspeccionando una enciclopedia Larousse.

—¿Y eso es bueno?

—Ni de lejos. ¿Qué te cuentas?

—Pues... he vuelto hoy a la librería porque al final ayer no compré tu libro. Y aquí lo tengo.

—Oh... ¿de verdad? —Lucía parecía sorprendida—. No me atrevo a preguntarte.

—No he leído mucho, pero me parece muy bueno.

Casi pudo decir que la oyó ruborizarse.

—Vaya... gracias.

—Pero quiero que me firmes el libro, por favor. Que no tengo muchas amigas escritoras y me hace ilusión.

Lucía se rio al otro lado del teléfono. Le dijo que sí, que por supuesto se lo firmaría. Buscaron rápidamente un hueco en el que encontrarse y quedaron para el día siguiente por la tarde.

Cuando colgó, Lucía seguía sentada sobre la alfombra persa de aquel salón apolillado, rodeada de volúmenes de una vieja enciclopedia sin nada de valor, y no pudo evitar seguir sonriendo. No sabía qué le había pasado a Diego, pero estaba muy atento con ella y le hacía sentir muy bien aquella atención. Tenía ganas de verle y de seguir hablando con él, sobre todo porque el día anterior había conseguido subirle el ánimo. Había sido un día horrible hasta encontrarle.

No solo era aquel trabajo interminable: el señor que tuvo en buena consideración morirse y legarle su casa a su única hija era uno de esos que opinaba que la biblioteca de un hombre tenía que ser grande y aparentar, y la calidad daba igual. Estaba segura (porque lo había notado al abrir algunos de los volúmenes) de que la mayoría de aquellos libros nunca se habían leído. Algunos eran ediciones caras de esas que se compran para que hagan bonito en la estantería. El hombre no las leyó en su vida. Nadie en su casa lo hizo. Y ahora su hija se deshacía de aquellos libros porque, para ellos, nunca tuvieron mucho valor.

Mientras Lucía apuntaba en el ordenador las referencias para sopesarlo después con su jefe, comprendió que le iba a costar mucho decirle a la señora que aquellos libros habrían costado un dineral, pero ahora no valían tanto. No eran ediciones buscadas; no había libros difíciles de encontrar. La hija, la bruja mala, pensaba que iba a sacar una pasta con aquello y Lucía le veía los ojillos brillar con avaricia cuando alardeaba de que su padre había puesto mucho esfuerzo en su biblioteca y en su colección de arte. Sin embargo, por lo poco que aún sabía ella, lo más seguro era que no sacasen mucho. Y para ellos, como librería de viejo, aquellos volúmenes tampoco les significaban gran cosa. Aquella señora iba a pagar más por el servicio de catalogación que estaba haciendo Lucía de lo que sacaría con la venta. Y esperaba que fuera su jefe el que se lo contase.

Pero no, en definitiva, no era solo el trabajo lo que le hacía sentir mal. Le quedaba poco que revisar. Si no terminaba en aquella jornada, en la siguiente lo haría, y volvería a su rutina de dependiente en tienda, a venerar los libros viejos en las estanterías y a los talleres de literatura que daba en el centro cultural algunas semanas del año.

Intentó concentrarse y no pensar en los otros problemas. Llevaba semanas en que no dejaba de darle vueltas a su situación, sobre todo con la boda de su hermana en puertas y con la presión de parte de su familia para que asistiera acompañada. Eso era lo único que esperaban de ella. Tenía un trabajo que le gustaba, vivía en un pequeño apartamento del caso antiguo que adoraba, le estaban publicando sus poemas, ¡nada menos!, la gente se sentía realmente interesada en ella como escritora... y, aun así, cada conversación con su madre resultaba un suplicio porque para ella, si no tenía un novio, no estaba bien. No sabía por qué le afectaba tanto: su madre y ella eran como el día y la noche con respecto a ese tema. Su madre era demasiado tradicional, y había visto demasiadas telenovelas a lo largo de su vida. Lucía, en cambio, hacía tiempo que había decidido, en contra de la opinión de su madre, que estaba mucho mejor sola.

Sin embargo, había días que a ella también le entraba el bajón y acababa dudando. Hacía ya bastante tiempo que había decidido dejar de buscar, y de intentar, y de coquetear, y de quedar con unos y con otros, tratando de que le hicieran caso y de sentirse, al menos, un poco amada. Era como si estuviera defectuosa, como si nunca fuera suficiente; como si a la vuelta de la esquina

siempre hubiera una mujer más atractiva, más guapa y mejor por la que abandonarla. Como mucho, conseguía algo de sexo y un buen montón de frustración el día después. Estaba cansada de sentirse atraída por cretinos, de intentar que alguno de ellos la considerase interesante más allá de la cama, y después de una desilusión bastante impactante, un día llegó a la conclusión de que no iba a intentarlo más. Desde entonces, cuando le aparecía la pequeña llama de la atracción hacia alguien, la dejaba pasar sin prestarle atención y sin tratar de que ardiese más; por regla general, siempre se acababa apagando. Aunque aquellos tipos que solía conocer en las presentaciones, encuentros y recitales le parecían atractivos, nunca pasaban más de dos semanas antes de desilusionarse con ellos.

Por eso Diego había supuesto un encuentro tan agradable. Él siempre le había parecido atractivo: la llama, con él, nunca terminaba de apagarse. Diego siempre gesticulaba, o se estiraba disimuladamente, o se rascaba la barba, o sonreía de aquella manera espectacular que te hacía desear tener un canal de 24 horas de él únicamente para poder disfrutar viéndolo hacer cosas normales. Pero en vez de apagarse o de consumirla, aquella llama la mantenía caliente y cómoda por dentro, sin más. Diego estaba tan fuera de su alcance que se había podido relajar con él por primera vez en mucho tiempo; habían podido quedar y divertirse únicamente como amigos. Y reconoció que le agradaba la atención y la insistencia de él, que se hubiera molestado en ir a buscar su libro, que quisiera volver a quedar con ella. No quería darle demasiadas vueltas: era agradable, sin más. Y hacía mucho que no se sentía así con nadie. Le resultaba muy agradable ser buena con él, interesarse por su vida, contarle cosas. Le encantaba haber podido recuperar aquella curiosa amistad. Así, sin más, sin tener que preocuparse por ninguna otra cuestión que disfrutar el uno del otro.

Tomó otro ejemplar de la estantería y resopló. Parecía que pesaba un quintal. Se acercó a apuntar las referencias. Se le estaba haciendo una mañana larguísima, pero la llamada de Diego había conseguido cambiar el signo.

Capítulo 4

La cafetería estaba llena, pero Diego la esperaba ya sentado en una mesa, escribiendo en su móvil. Tenía su libro al lado, ligeramente cedidas las páginas, como si lo hubiera estado leyendo. Llevaba el pelo recogido y una camiseta de manga corta que dejaba al descubierto los tatuajes, los viejos que Lucía ya conocía y algunos otros nuevos que le llenaban casi todo el brazo. Levantó la vista hacia la puerta, la vio y Lucía comprobó con extrañeza cómo a él se le iluminaba la cara. Nunca sabía interpretar aquellas cosas, así que lo dejó pasar y se acercó deprisa.

Diego se puso en pie para recibirla con dos besos y aprovechó, casi sin darse cuenta, para acariciarle el pelo. En seguida se dio cuenta de que quizá aquella familiaridad le resultaría incómoda, pero Lucía no pareció percatarse. Pidieron un par de cafés de con leche y empezaron con la broma de que Lucía le debía una firma, pero ella se quejó de que Diego no le había explicado todavía lo de los pantalones de payaso.

—En realidad no hay mucho que contar —admitió él, que intentaba sonar despreocupado. Hubiera deseado no tener que contarle esa historia nunca a nadie, y menos a ella—. Fui a una fiesta. Acabé sin pantalones. Los únicos que me pudieron encontrar fueron esos y, como al día siguiente me tocaba trabajar a primera hora y se me hizo tarde, pues me tocó ir directamente sin pasar por casa.

Lucía se rio.

—Lo típico de ir a una fiesta y acabar sin pantalones —dijo ella.

—Pues la verdad es que me gustaría que dejase de ser tan típico. Estoy cansado de que me pasen cosas así y cansado de las fiestas —confesó él sin saber muy bien por qué se sinceraba.

Esperaba las bromas de siempre de sus compañeros cuando decía cosas así, sobre todo últimamente. Que cómo iba a dejar él las fiestas, que no existía un Diego abstemio en ningún universo paralelo. Que le quitase importancia. Pero le conmovió la mirada de comprensión de Lucía y cómo se acercó un poco para pedirle que se explicara más.

—¿Y eso? —dijo ella.

—Hace un mes todo era más o menos normal, aparte de que me hago mayor...

—Tranquilo, te conservas de buen ver...

Diego sonrió a la broma.

—... y aparte de que, bueno, las fiestas son siempre un poco iguales. Tenía una novia más o menos formal, es decir, nos veíamos a menudo, íbamos juntos a sitios, a veces nos quedábamos a dormir juntos. Llevaba con ella unos dos meses. Se llamaba Ellen, era de Francia. Y era una preciosidad —admitió Diego—. Dijimos de salir aquella noche, a ella no le apetecía, pero yo decidí irme igualmente, solo. Y le molestó, obviamente. Nos peleamos y ella me echó en cara que por qué no pasaba más tiempo con ella, y yo... no le contesté. Me marché y ya está. Y me fui a la fiesta... y

bebí demasiado. Y me acabé enrollando con una estudiante de Erasmus que no debía tener más de diecinueve o veinte, y ni me di cuenta de qué estaba pasando, ni me acuerdo de ella, ni nada. Ya sabes, de repente has perdido los pantalones. Alguien nos vio y se lo contó a Ellen. —Hizo una pausa, se mesó la barba, desvió la mirada hacia el exterior, donde empezaba a anochecer. Qué condenadamente guapo que era—. Y así, en resumen, me dijo cuatro cosas que eran verdad y me dejó.

—Vaya —dijo Lucía sin saber qué más decir ante aquella repentina confesión.

—Lo gracioso es que, tú lo sabes, he tenido montones de novias. Y algunas incluso a la vez, lo reconozco. Ni tan siquiera sé por qué las llamaba «novias», porque para mí no lo eran. supongo que más por ellas que por mí. Pero ha sido la primera vez en mi vida que me he sentido verdaderamente un cerdo.

Se sintió bien confesándolo, sobre todo porque ella no le juzgó ni intentó quitarle importancia.

—En cierto modo, te entiendo. Yo nunca te dije nada porque, bueno... porque quién soy para decirle nada a nadie, pero tenías esa aura de, no sé, de ligón... que...

—Dilo: follador, si lo sé.

—Bueno, Ana te llamaba más bien mojabragas —sonrió Lucía, y cuando Lucía sonreía a él se le pasaba la angustia—. Sé que a veces puede parecer otra cosa desde fuera, y que tienes ese aspecto de triunfador para otros hombres, ya sabes... aunque yo no le encuentro mucha gracia a esa clase de relaciones. Pero lo mío no es mejor. Yo no me creo mejor que tú, eh.

—Lo sé. Tú eras más de enamorarte hasta las trancas.

—Sí, de los feos bohemios de los que te reías, acuérdate. No te creas que yo lo he hecho mejor. He estado liada con tipos de lo más asqueroso, y a veces reconozco que he buscado en ellos, simplemente, sentirme aceptada. De repente eres escritora, «poeta», así con letras grandes y en cursiva, como si tuvieras tu título oficial, pero me seguía sintiendo la misma niña estúpida, y me arrimé a más de un tonto que me trató como el culo solo porque necesitaba sentirme un poco importante. En el fondo, supongo, y tampoco es que te quiera psicoanalizar gratis ni nada... pero al final estoy como tú, que uno acaba buscando en esas relaciones de usar y tirar cualquier otra cosa que no es estar realmente con la otra persona. No sé en tu caso. En el mío era la aceptación, el estar «en el círculo», no el estar en sí con esa persona. Me ha costado un tiempo reconocerlo, pero es la verdad. Quizá para ti fuera el sexo, o el subidón del ligue... Para mí era esa aceptación. Igualmente, esas cosas al final siempre se caen por su propio peso. No se sustentan en nada.

Diego miró a Lucía a los ojos y permaneció callado unos momentos.

—Desde luego eres una buena escritora, sabes mirar dentro de la gente —sonrió él, y Lucía se ruborizó. Se apartó para airearse. A ella le costaba mucho reaccionar a esos cumplidos—. Llevo todo este tiempo, desde que rompimos, pasándolo mal. Planteándome cosas. Ya estaba mal antes de cortar, sinceramente.

—¿Has intentado contactar con ella y explicárselo?

Diego suspiró.

—No es ella... sí, pero... no es ella. En el fondo yo también sé eso que dices. ¿Es verdad que quiero estar con ella, o es que Ellen representaba muy bien para mí a esa clase de chica guapa prototipo que siempre ando buscando?

—Ya. Te entiendo. No es la persona.

—Nunca es la persona. Es su pelo, o su aire de inocencia.... O las dejo yo porque me aburro, o... —le costaba pronunciar lo que más miedo le daba— se aburren ellas y se van. Y estoy cansado, de repente, de sentirme como que no valgo, como que todo lo que tengo es fachada. Que no tengo nada por dentro para hacer sentir cómoda a ninguna mujer.

Ya está, lo había soltado. No sabía por qué con ella, pero le gustaba en modo en que Lucía intentaba entenderle y ponerse a la altura. Se sentía cómodo aun en un momento así de vulnerable. Nunca había conversado así con nadie, y menos con una mujer.

—Lo siento, por un lado. Pero, por otro... quizá sea bueno —dijo Lucía, Diego sonrió, un poco para disimular el sonrojo—. Vales mucho. De verdad. No te rías, no lo digo por decir. A veces a algunas chicas les pasa, a esas que son tan guapas y despampanantes como tú. —Diego puso ojos de incredulidad—. No me vengas con esas, estás buenísimo, y lo sabes. Pero ya te has aprovechado mucho de eso. Siempre tiendes a relacionarte con las chicas de una manera muy sexual, con el coqueteo por delante, y eso tapa todo lo demás que tú eres, y tus cosas buenas. En fin. Pero yo a ti te he conocido como compañero y como amigo, y te puedo asegurar que no eres solo fachada.

—Gracias —dijo él con sinceridad.

—Pero el que se lo tiene que creer eres tú. Quizá tengas que dejar a las chicas guapas un tiempo, no sé.

—Sí. Y las fiestas. Sobre todo en las que pierdo los pantalones. No sé qué cojones hacían unos pantalones de payaso en aquel garito. ¿Sabes lo peor? —Diego estaba cómodo y no midió el efecto de lo que iba a decir—. Ni siquiera me acuerdo de la tía a la que intenté follarme; y ni siquiera sé por qué me quité los pantalones, porque ni se me levantó.

Miró a Lucía justo en ese momento, sin saber si había sido una buena idea ser tan franco. Ella parecía un poco incómoda, pero fue involuntario: ya había tenido ocasión de ver a Diego en aquellos menesteres y le costaba quitarse ahora la imagen de la cabeza.

—Lo de que no se levante a veces pasa... —sonrió ella de repente, intentando quitarle pesadez al tema, pero sin querer ofenderle—. Ahora no me digas que tú eres de esos «a los que no les pasa nunca» porque... ejem, en fin. Sabré que estás mintiendo.

—Alguna vez, sí, tengo que admitirlo —admitió él encogiéndose de hombros e intentando disimular una sonrisa.

—Si te soy sincera... a nosotras también nos pasa mucho lo de que no se nos levante, pero no se

nota tanto.

Los dos se rieron. Y Lucía se comenzó a sentir de nuevo con aquella complicidad familiar que no sabía que había echado tanto de menos de él. No le gustaba hablar de sexo con nadie. Ni siquiera le gustaba escribir sobre ello. Sin embargo, con Diego se sentía arropada por la sinceridad que desprendía y que la hacía sentir ligeramente halagada. Se animó a sincerarse ella también.

—Yo he tenido hace poco una experiencia muy desagradable, y también he decidido dejar de salir con gente. Me refiero... —aclaró—, salir buscando algo romántico, no quedar como amigos así tú y yo. Mi madre me consiguió una cita con un amigo de mi futuro cuñado, bien lejos del ideal con el que suelo relacionarme, ya sabes. Nada de poeta ni bohemio, sino un tipo de esos que se va a esquiar a Suiza para pasar el fin de semana, re peinado para atrás... —Diego se rio al imaginárselo—. Ay, ya lo sé... pero era guapo. Y agradable, al menos al principio. Quedamos un par de veces y no sé cómo uno de los días subimos a mi casa y el tipo se me lanzó. Y yo qué sé. No lo hago nunca. La verdad es que me cuesta mucho acostarme con alguien, tengo que tener mucha confianza para sentirme cómoda; pero no sé si iba más borracha de lo normal o qué, que le dije que sí y acabé pasando la peor noche de sexo de mi vida. Yo, a ver... pensaba que exageraban cuando otras chicas cuentan lo de los tipos que van a lo suyo y se olvidan de una, y de repente me encontré con uno así en mi cama. En mi propia cama. Que si me levanto y me voy en mitad del acto dudo que se hubiera dado cuenta. De verdad que decir que fue frustrante es poco. Me sentí utilizada, pero estábamos en mi casa y no sabía cómo hacer que se fuera pronto. En eso estaba pensando yo antes de terminar, mirando el techo. En fin. Me dio un asco brutal, es superior a mí... y menos mal que, al menos, duró poco. En serio, es increíble cómo un tipo encantador se puede convertir en un guarro en la cama, y no en el buen sentido... Y encima se quedó dormido. —Lucía se restregó la cara. Sentaba bien sincerarse, pero qué duro era recordarlo—. La cosa es que le acabé despertando para que se marchara y él se cabreó. Me dijo un par de cosas tan desagradables... Me dijo que no me creyera tan guapa como para echar a los hombres de mi cama. ¿Qué coño significa eso?

Diego frunció el ceño preocupado y sin darse cuenta alargó la mano para acariciar el antebrazo de Lucía, y sintió una especie de corriente eléctrica atravesándole al hacerlo. Ella le devolvió el gesto con una palmadita y suspiró.

—Así que —dijo ella— no digas que te sientes como un cerdo, porque hay muchos niveles de cerdedad por ahí.

—Supongo que no has vuelto a verle.

Ella se encogió de hombros.

—Por supuestísimo que no, a pesar de que mi madre no se lo tomó bien, y no le conté nada de esto, solo faltaría. Pero es un poco complicado, porque la boda de mi hermana es dentro de diez días y él es amigo del novio, así que irá de invitado. Y encima... mi hermana se casa con un abogado de los ricos y no veas qué boda están planeando. Y mi madre ya había imaginado que yo iría con este mendrugo, y lo tenía todo planeadísimo, convencida de que era un partidazo y me iba a arreglar la vida, y mi madre no es de las que deja pasar estas cosas, así que no dejará de insistir, sobre todo si voy sola... La verdad es que no quiero ir a la boda. Quiero muchísimo a mi

hermana, y espero que sea lo más feliz posible, pero lo último que me apetece es pasar un fin de semana con esa gente. No quiero volver a ver a Roberto, ni que se me acerque. Y no quiero estar con gente que me va a criticar, como siempre, y yo voy a tener que aguantar todo el fin de semana sola toda esa mierda.

Entonces Diego dijo una de aquellas cosas que le salían de repente, como si fuera lo más lógico del mundo aunque acabara de ocurrírsele en realidad.

—Pues llévame a mí.

Lucía abrió mucho los ojos.

—No digo en plan novio falso —aclaró él—. Si quieres puedo ir como amigo gay, qué sé yo. Puedo aparentar sin problema que soy gay durante un fin de semana. Lo digo porque, si se ponen idiotas, podríamos pillarnos un par de botellas de vino y largarnos a algún lugar a ponernos ciegos, y así no tendrás que aguantarlos ni estar sola. Puedo intentar cambiar el turno de ese fin de semana, y me deben un día de vacaciones del año pasado. No tendría por qué ser complicado. Conozco tantos trapos sucios de la empresa y les vendo tanto que Ernesto casi me tendría que poner una alfombra roja cuando llego a mi turno, la verdad.

—Guau —reaccionó Lucía—... no sé qué decir. Gracias, es que...

—¿Te parece mala idea?

En ese momento Diego temió haberse pasado con el ofrecimiento, porque realmente quería que ella aceptase. No solo era que no quería verla sufrir, sino que de verdad quería acompañarla y protegerla de toda aquella gente como pudiera, y pasar tiempo con ella, y robar botellas y emborracharse juntos. No podía evitar aquella sensación.

Lucía no sabía qué decir. Le parecía tan bonito, tan exagerado...

—No, ¡claro que no! Si es que es demasiado generoso, hombre —sonrió Lucía—. Te lo tendría que compensar de alguna manera, pero no sé cómo. Te ayudaré con el traje.

—Tengo uno monísimo para bodas, te va a encantar.

—El mío también es monísimo, la verdad. Además, da igual que tú fueras en sandalias y bermudas, irías deslumbrante —dijo ella sin querer, pensando en otras cosas, como algo totalmente obvio. Pero Diego no pudo evitar hincharse de orgullo ligeramente con el comentario—. Coche tengo, y la estancia nos sale gratis. En un hotelito muy mono de la sierra. Ya verás.

—Perfecto.

—Pues no sé... si fueras una chica te diría que te pagaría el peluquero y la manicura.

—Bueno... —Diego se lo pensó un momento y se soltó el recogido, dejando al aire la melena que casi le llegaba a los hombros. Varias de las mujeres de las mesas colindantes no pudieron evitar girarse para observarle—. Quizá no me venga mal un corte de pelo.

Lucía sonrió.

—Genial. Pues ya sé lo que vamos a hacer.

Terminaron de tomarse las copas, y estuvieron un rato más riéndose del pijaerío y los lujos que les esperarían en la boda de su hermana. Diego insistió en que ella le firmase el libro, pero Lucía le hizo prometer que no lo vería hasta que estuviera de camino a casa. Después pagaron, salieron y se dispusieron a despedirse.

Ella le abrazó fuerte, y se quedó allí un par de segundos de más, sin saber qué decir.

—Gracias de verdad por hacer esto por mí —le dijo a Diego.

—Va a ser un placer. Fin de semana en la sierra, hotel de lujo, bufé libre... no sé qué pega hay.

—Pensaba que ya estabas harto de las fiestas.

—Pero por ti me lo pienso.

En ese momento a los dos les pareció todo muy raro. Sonrieron, se despidieron algo cohibidos, y Lucía se metió en el metro. Diego prefería pasear hasta su casa. Nada más verla desaparecer abrió el libro y leyó la dedicatoria:

Para Diego, a quien no puedo dar gracias suficientes por ser un sol irradiando luz aun en días nublados.

—Qué cursilada, por Dios —sonrió Diego para sí, feliz de lo que leía.

Capítulo 5

Ocurrieron varias cosas curiosas los días siguientes. Diego se leyó un libro de poesía y no solo lo entendió, sino que comprendió también por qué la gente decía que era tan bueno. Lucía escribía realmente bien. No era ni una artista afectada ni demasiado barriobajera; jugaba con ambos extremos y eso resultaba único, aunque Diego no tenía a otros poetas con los que comparar.

No solo le gustaba aquella faceta de Lucía, sino también aquella faceta de sí mismo que descubría al leerla, al comprender que él también podía sentirse bien en ese lugar del alma que describía, donde ser vulnerable era algo aceptable y la opinión de los demás sobraba. Casi todo su poemario iba de heridas abiertas y Diego lo entendió. Se acordó de la conversación que habían tenido en la cafetería, cuando se confesaron en camaradería y sin miedo al juicio del otro.

Otra cosa curiosa es que tampoco pudo dejar de pensar en ella, pero no de la manera en que él pensaba en las mujeres normalmente. Diego sabía localizar a su alrededor a esas bellezas frágiles, suaves, sobre las que enfocaba toda su sensualidad hasta dejarlas aturdidas. Era una corriente subterránea que de una manera u otra acababa arrastrándolos a ambos hacia el sexo, y prácticamente esa era la única relación que acababa teniendo con ellas. Sin embargo, con Lucía sentía que era él quien estaba siendo un poco arrastrado. No era forzado, sino muy sutil, pero ahí estaba. No era la energía sexual de las chicas guapas, pero tampoco era la amistad que les había unido en el pasado. Había algo intermedio entre ellos dos que no sabía definir, pero que le hacía sentir anhelo y miedo al mismo tiempo.

Otra de las cosas curiosas fue el día que Lucía le llamó para invitarle a un recital de poesía y él aceptó sin pensárselo, lleno de una alegría extraña de que fuera ella quien le llamara para quedar. «No es por nada especial, es que me dejarán leer alguno de mis poemas», se excusó Lucía. Lo curioso no fue el sitio, o los amigos de Lucía, ni las amigas, que observaban a Diego como si no hubieran visto a un hombre en su vida; ni lo a gusto que se sintió él a pesar de que era capaz de reconocer que la mitad de todos los que estaban allí eran unos pedantes de cuidado. Lo curioso fue lo que le gustó escuchar a Lucía recitar sus poemas. Lo hacía sin pomposidad, con calma y concentración, sin espectáculo; y resultaba muy potente. Cuando bajó del escenario y volvió a la mesa que compartía con Diego y otros cuantos conocidos, él se le acercó al oído para felicitarla. La vio sonreír de esa manera que le ponía nervioso. No entendió por qué nadie más la felicitó. Quizá no lo tenían por costumbre en aquellos ambientes y lo que él acababa de hacer era una ridiculez. O quizá era cierto que aquella gente era imbécil.

Lucía y otra chica se levantaron para ir al baño y entonces, en un receso en el que no había nadie sobre el escenario, uno de los conocidos se sentó al lado de Diego.

—Ten cuidado —le dijo de primeras. Y Diego se le quedó mirando, esperando con curiosidad lo que vendría a continuación—. Porque todos empezamos así, y acabamos mal.

—¿De qué me estás hablando?

El tipo, que se hacía llamar Miguel, estaba rozando ese punto de borrachera en que aún no es evidente para todo el local, pero sí para los que están demasiado cerca, cuando todo parece muy

lúcido por dentro para ti, pero a los demás les cuesta seguirte.

—He visto cómo la miras.

—¿A quién?

—A Lucía.

—A Lucía —repitió Diego—. Tú no serás un amante despechado, ¿no?

—Todos la hemos mirado así —continuó el tal Miguel, ignorando su pregunta—. Y ella no se da cuenta. Nunca se da cuenta. Y tú te desgastas lanzándole indirectas, y no pilla ninguna. Y te dices: «Es una tía, ella debe entender de esto, debe significar algo». Y antes de que te dé tiempo eres tú el que estás pillado hasta los huesos —y repitió con fuerza lo de «huesos» con el deje de las varias cervezas que llevaba encima—, y ella está saliendo con uno de esos gilipollas de La Central.

—¿Qué es La Central?

—Un sitio de libros.

—O sea, que sí que eres un amante despechado.

—Ojalá —dijo el tipo echándose un poco para atrás y concentrándose en liar con dificultad un cigarrillo—. Ojalá me hubiera dejado metérsela hasta el fondo.

A Diego no le gustó la imagen que se le formó en la cabeza.

—Bueno —le interrumpió Diego poniéndose en pie—. Me parece que me voy a pedir otra cerveza.

El resto de la mesa, entre el ruido del local y las conversaciones, no se enteró de lo que decía el tal Miguel, y Diego lo agradeció. El tipo le guiñó un ojo, dándole a entender que había cierta complicidad entre ambos. Seguía intentando liar el cigarrillo ya liado no sin levantar cierta pena ajena. Era un tipo muy desagradable y no le hacía gracia ver a Lucía relacionándose con gente así. Ella era un millón de veces mejor que todos aquellos engreídos juntos. Y no sabía si contárselo porque, en el fondo, no sabía si era verdad que él la miraba tanto. ¿Era cierto lo que le había dicho ese Miguel? ¿La miraba de ese modo, o eran la borrachera, el ambiente cargado y la luz tenue los que provocaban el espejismo? No lo sabía. En cualquier caso, decidió guardarse la conversación para sí.

En lo que tardaban en atenderle vio que Lucía había vuelto del baño, y que se sentaba suficientemente lejos del tal Miguel como para que Diego se sintiera tranquilo. Se apoyó sobre la barra y observó. Lucía nunca había sido su tipo, nunca se había sentido atraído por ella de ninguna manera; pero tampoco se había planteado que a otros sí les pasara. La verdad era que hasta hacía bien poco él nunca se había planteado estar con nadie que no fuera una de sus chicas guapas. Lucía era pequeña, pero no parecía desvalida ni inocente. Llevaba unos vaqueros y una camisa de color burdeos bastante sencilla, con un botón desabrochado de más. Se había maquillado los labios del

mismo color. Era guapa, pero no intentaba parecerlo. En ese instante, mientras la veía interactuando con sus amigos entre la lejanía y el ruido, Diego se planteó que quizá Lucía sí fuera realmente despampanante en una combinación que a gente como él les resultase invisible, y que la fuerza que le atraía de ella no provenía de lo superficial y físico tanto como de lo profundo e íntimo.

Y a eso no estaba nada acostumbrado.

Lucía levantó la cabeza buscándolo y cuando le localizó en la barra le sonrió. El camarero le dio sus vueltas y Diego regresó a la mesa con la botella en la mano. Lucía le vio venir y sintió una punzada de calor cerca del estómago. Aquel tipo tan guapo que iluminaba la sala y hacía salivar a la concurrencia, aquella mezcla descuidada de elegancia y macarrismo, era su amigo y había venido por ella. Se preguntaba si alguna vez se le pasaría esa sensación de que, a ratos, simplemente le apetecía mirarle. Nada más que observar cómo se movía, cómo tensaba los músculos al coger algo, o como se acariciaba la barba cuando nadie le observaba. Sonrió de nuevo. Era una sensación agradable, y no tenía nada que ver con el alcohol ni con el subidón del recital, pero tenía que quitárselo de la cabeza y no dejar que se asentase.

Diego le había asegurado que ya no andaba ligando por ahí, que se había «retirado», como bromeaba, pero Lucía comenzó a sentirse incómoda por el modo en que algunas de las mujeres del local se le acercaban para charlar. Pasaban cerca, le dedicaban una sonrisa, él se dejaba llevar. Alguna se agachaba a susurrarle algo, y él les seguía el juego. De repente Lucía se dio cuenta de que no soportaba aquel lugar, ni aquella sensación de estar perdiendo el tiempo y viendo en primera persona los rituales de apareamiento de Diego. Se levantó sin más, despidiéndose de sus amigos con un gesto y se acercó a Diego para decirle por encima del ruido de la música que él podía quedarse si quería, pero que ella se iba. No le esperó ni se volvió para ver qué hacía. Estaba molesta y no quería reconocer el por qué.

En realidad, no creía que Diego fuera a seguirla. Era obvio que se quedaría allí. Quizá no se fuera a acostar con ellas, pero nada le impedía dejarse adular y sobar un poco. Diego siempre había sido así y si ella quería esperar otra cosa, se convertiría en una ingenua. Mejor que el aire fresco de la calle la despejase.

Por eso se quedó sorprendida, a unos pasos de llegar ya a la avenida, cuando Diego aceleró el paso para ponerse a su lado.

—¿Y dónde vamos ahora? —dijo él, sonriente, completamente ajeno al tumulto que llevaba Lucía en el interior.

Ella se le quedó mirando, sin saber qué esperar.

—No tengo ni idea —confesó. No solo con aquella noche, sino con la relación que estaba empezando a tener con Diego.

—Pues si te apetece bailar, conozco un sitio por aquí cerca donde podemos colarnos.

—Define colarnos.

—Sin pagar.

—¿En serio? ¿Qué somos, adolescentes? —Lucía no pudo evitar reírse.

—No me digas que no te apetece bailar.

—Hace mucho que no bailo.

—¿Pero por qué? —Diego se rio, sorprendido.

—¿Cómo que por qué? ¿Quién baila de adulto?

—¿Todo el mundo que quiere divertirse? ¿Cuándo estás de buen humor?

Diego se reía y hacía como que bailaba solo en mitad de la calle, y agarró a Lucía de la mano, atrayéndola para pegarla a él. Sintió sobre su piel el contorno de las caderas, la redondez de sus pechos y el aroma a sol que desprendía mientras ella intentaba apartarse quejándose de la broma. Fue allí cuando se dio cuenta de que lo que había sospechado era verdad, y el atractivo que intuía en Lucía solo podía verse si era él quien cambiaba el modo de mirarla. En cualquier otra circunstancia nunca le hubiera resultado aparente. Mientras Lucía se reía por primera vez en toda la velada, Diego comprendió la amargura del tipo raro del bar. Si te enamorabas de alguien como Lucía y ella no te correspondía, podía ser horrible.

Se quedó unos segundos más allí, sujetándola contra él, llevado por una intuición extraña, pero finalmente Lucía se soltó y siguió caminando.

—Creo que me voy a ir a casa —dijo ella.

Diego asintió. Estuvo a punto de ofrecerse para acompañarla más allá de la estación del Metro; incluso se planteó invitarla a su casa. En vez de eso, caminaron comentando el recital y el cúmulo de decepciones que se había llevado Diego más allá del hermoso poema de Lucía, y quedaron en verse otro día, nada más, sin volver a tocarla y sin atreverse Diego a volver a analizar sus sentimientos en ese momento. A partir de aquí, intuía, pisaba terreno desconocido.

Capítulo 6

Otra de las cosas curiosas que pasaron aquellos días previos a la boda tuvo que ver con un mensaje de Lucía.

La noche anterior había tenido una de aquellas sesiones de fotos en una fiesta privada y había sido muy raro. Otras veces, una vez cumplida su labor de fotógrafo, y tras haber registrado todo lo que a los protagonistas principales se les antojaba como imprescindible, él se relajaba y se dejaba llevar por el ambiente. Normalmente solo tenía que presentarse en la barra y le invitaban a algo, por fotógrafo y por guapo. Bebía, tonteaba con las chicas, se dejaba llevar por la música y se lo pasaba bien. Pero el día anterior, a pesar de que el evento era la fiesta de mayoría de edad de un niño bien y había de todo (literalmente, de todo, y en todos los sentidos), se sintió incómodo, le molestaba la música y le agobiaban las adolescentes que no dejaban de insinuársele y de perseguirle a todas partes entre grititos. Por primera vez se lo tomó como trabajo, y nada de placer. Se fue lo más pronto que pudo, mucho antes de que la fiesta terminase. Aun así, se acostó muy tarde, y cuando el amanecer entró ronroneando por la ventana, impasible, se dio cuenta de que, a pesar de las escasas horas de sueño, no podría dormir más. Encendió el móvil y lo dejó sobre la mesita, y le sorprendió que a los pocos minutos le llegara un mensaje de Lucía.

Lo que le sorprendió, en verdad, fue la ilusión que le hizo. Se incorporó de medio lado y se encontró instantáneamente despierto para leerlo.

No quiso reconocer que la noche anterior no había dejado de pensar en ella. En las bromas que haría riéndose de aquella gente si estuviera allí con él, en cómo se negaría a bailar, refunfuñando, en que a él le gustaría tenerla cerca, tomar algo con ella, charlar.

LUCÍA: ¿Estás despierto?

De repente le apetecía un montón provocarla.

DIEGO: Sí. Estoy despierto y solo en la cama.

LUCÍA: ¿Pobrecito? (emoticono de risa). He solucionado lo de la peluquería, pero es un poco raro.

Nada, Lucía no tiraba del hilo.

DIEGO: ¿Más raro que ir a una fiesta y volver pronto y solo?

LUCÍA: Más raro. Lo de la fiesta es normal, ya eres mayor.

DIEGO: Estaba lleno de adolescentes hormonadas.

LUCÍA: (Emoticono de horror). Oye, tendrías que venir para mi casa ya, es el único hueco que tiene la peluquera para atendernos.

DIEGO: ¿En tu casa?

LUCÍA: No... está al lado de mi casa.

DIEGO: ¿Me invitas a desayunar a tu casa? (muchos emoticonos de besos).

Podía imaginarse a Lucía riéndose al otro lado, pero sabía que no le seguiría el juego.

LUCÍA: Bueno, pero después. Nos saldrá barato (como pago yo, mira, estupendo). No nos harán un estropicio porque la tía es superbuena. Pero solo nos puede atender como en una hora, que no estará su jefa esta mañana y es el único hueco que tiene.

Diego decidió abandonar para otro momento la provocación, aunque seguía teniendo muchas ganas aquel día de ver a Lucía ruborizada por alguna salida de tono. Se moría por verlo.

DIEGO: Pásame la dirección exacta. En veinte minutos estoy allí.

LUCÍA: Gracias, hermoso. Luego te lo pago con un buen desayuno.

Diego decidió coger la bici, que casi tenía abandonada en el balcón, para acercarse lo más rápido posible a la cita con Lucía. Al llegar se quedó con las ganas de subir en ese momento a su casa, porque ella esperaba en el portal.

—¡La bici! —le señaló Lucía al verle llegar y bajarse con un solo gesto que, sin saber bien por qué, le pareció tremendamente masculino. Cuando trabajaban juntos él siempre iba a todas partes en aquella bicicleta—. Pensaba que ya no la tenías.

—Ya no la uso tanto. Ya sabes, por lo de hacerse viejo y no poder seguir el ritmo.

Diego se levantó un poco la camisa y se acarició una barriga invisible por encima de su verdadera barriga suave y firme, y a Lucía le entró la risa tonta de lo bueno que estaba y lo poco que lo disimulaba.

—¡Claro! —terció ella para salir de aquel estado mental—. Ven, vamos de incógnito —se rio, y le guio hasta un pequeño local en el mismo edificio.

Aún quedaba casi una hora para abrir el negocio según el horario que tenía en la entrada. Lucía se acercó y golpeó suavemente con los nudillos a través de la persiana de rejilla que estaba medio subida y la puerta se abrió al otro lado dejando asomar por el resquicio a una cabeza rubia que les hizo señas para que se agacharan y entraran.

La peluquera se quedó mirando a Diego con una sonrisa y luego se giró a Lucía a preguntar con la mirada que de dónde había sacado a aquel espécimen. Era descarada, y deslenguada, y a Diego le hizo gracia que hubiera hecho tan buenas migas con su Lucía tan formal y recatada. Pasaba de los cuarenta, iba impecablemente peinaba y maquillada, y llevaba una camiseta y unos leggins negros demasiado ajustados.

—Mira que mi Tito es guapo —le dijo a Diego—, pero tú... ¿tú de dónde has salido?

Diego se partió de risa y Lucía no sabía dónde meterse.

—¿Yo? De Buenos Aires.

—Por supuesto, argentino tenías que ser para terminar de ser perfecto. Tú, nena, ven —señaló a Lucía—. Tú primero. ¿Querías las mechas, no?

—Pues si te parece bien, sí. El sábado me haré el recogido ese que me dijiste del tutorial.

—¿El del moño bajo? Te quedará genial con las mechas californianas.

—Pasó de gastarme una millonada para la boda. Y si se ofenden, que se ofendan —espetó.

—Claro que sí, si tú estás guapa con cualquier cosa con esa cara maravillosa que tienes —y se giró a guiñarle un ojo a Diego, como si él fuera a darle la razón—. Te pongo las mechas primero, que tardan más, y luego me encargo del machote.

La peluquera la sentó en una silla frente al espejo y en menos de diez minutos, con la brocha a una velocidad de vértigo, como si fuera un camino aprendido, peinó, pintó y colocó los parches para dejarla esperando.

—Te lo dejo secando. Ahora tú, si es que cabes en la silla —le dijo la peluquera a Diego. Con las prisas no habían tenido las formalidades típicas de una peluquería, así que Diego se sentó con la chaqueta aún en las manos e intentó acomodarse. La peluquera abrió el grifo y empezó a mojárselo con la misma rapidez y soltura que había mostrado con Lucía, pero justo cuando echó el champú sobre su pelo, cuando ya estaba lleno de espuma, empezó a sonarle el teléfono móvil sobre el mostrador.

Maldijo, se secó las manos en una toalla y le dijo a Lucía que fuera ella a seguir lavándole el pelo.

—¿Yo? —se extrañó ella.

—Vamos, que si no el pobre se va a resfriar. Como si no te hubieras lavado el pelo nunca... y si no cojo la llamada a mi marido le da algo.

Y no dijo más, respondió y se puso a hablar con su marido al otro lado, que parecía quejarse de que su hijo se hubiera acordado de unas cartulinas para plástica apenas media hora antes de tener que salir para el colegio.

Lucía se rio y fue a lavarle el pelo a Diego.

—Buenas tardes, hoy seré su peluquera —le dijo.

Diego se rio, pero no estaba preparado para lo que le pasó después. La sensación de los dedos de Lucía descendiendo casi torpemente por su cuero cabelludo le propinó una especie de descarga eléctrica difícil de describir. Ella siguió masajeando, haciendo espuma, yendo hacia su frente, hacia sus orejas, y cuando bajó los dedos hacia la nuca no pudo evitarlo y notó cómo empezaba a excitarse. Y mucho.

Se alegró de llevar la chaqueta encima y poder disimular la erección, porque se veía incapaz de controlarla. Lucía no sabía lo que estaba provocando y siguió el masaje. Y no se dio cuenta de que lo que hizo a continuación no mejoró mucho las cosas. Se inclinó a su lado y le susurró:

—No sé cuánto tiempo te tengo que lavar el pelo, y ella no se calla.

Sentir el aliento de Lucía y su voz en su oído fue más de lo que pudo soportar. Intentó disimular el gemido de placer que exigía salir de su garganta.

Efectivamente, la peluquera seguía dando instrucciones por teléfono.

Diego asintió con los ojos cerrados porque le estaba costando concentrarse y en el fondo no sabía si quería que ella parase. Y se sentía ridículo. Le habían cortado el pelo montones de veces. Normalmente le entraba sueño... no aquello. Era verdad que llevaba mucho más tiempo sin sexo del que solía. Mucho más. Quizá solo fuera aquello. Pero cuando la peluquera le había frotado antes no le dio tanto placer. Había una parte de su mente, allá en el fondo, que solo deseaba que Lucía siguiera haciendo aquello con su nuca.

Y Diego seguía tan excitado que no sabía siquiera si la chaqueta iba a ayudarle mucho más.

Gracias a Dios, la peluquera colgó y volvió para tomar el relevo. Lucía se enjuagó las manos y, en cuanto ella se fue, Diego dejó de sentir aquella opresión por dentro, aunque aún tardó un poco en reaccionar.

—Si quieres, déjala en el colgador —le dijo la peluquera al levantarlo para ir al sillón y verle abrazando con tanto ímpetu la chaqueta.

—No pasa nada —Diego trató de quitarle importancia y de quitarse aquella sensación de encima. Mientras tanto, sin darse cuenta, permitió que le cortasen el pelo quizá un poco más de lo que esperaba, aunque era verdad que en pocos minutos la mujer le dejó estupendo. La peluquera le sacudió los restos de pelo del cuello y fue directamente a terminar con Lucía.

Diego se sentó en el sofá de la sala y no podía dejar de mirarla mientras la terminaban de lavar y de arreglar. No entendía qué le había pasado, y no le encontraba explicación. No era consciente de que Lucía le atrajese tanto sexualmente, porque no sentía el mismo deseo que con otras mujeres, algo que era instantáneo, punzante. Con Lucía no le pasaba eso, pero se había puesto frenético y sabía que si ella volvía a tocarle igual volvería a ocurrir.

Seguía en esos pensamientos cuando la peluquera terminó de peinarla y Lucía se giró a él con una enorme sonrisa:

—¡Mira, ahora son rubia!

Unas preciosas mechas californianas le enmarcaban la cara y la hacían parecer otra persona, guapísima, brillante, y sin nada que envidiar a las nórdicas despampanantes y las aspirantes a modelo que poblaban las fiestas. De hecho, Diego no encontraba palabras para describir lo encantadora que le parecía con la sonrisa sincera y juguetona esperando su aprobación, y no tenía que ver con el pelo. De lo que estaba seguro era de que tenía un problema.

Capítulo 7

—Espero que no te importe —dijo Lucía al poco de arrancar, enfilando ya el coche en dirección al hotel de la sierra donde se casaba su hermana. Diego iba sentado en el asiento del copiloto, no sabía si mentalizado del todo para pasar un fin de semana entero con la preciosa mujer que conducía—. Siempre podemos hacer lo de la peli mala americana.

—¿A qué te refieres? —tuvo que admitir Diego. No había prestado atención.

Lucía se rio.

—¿Qué te pasa? ¿No dormiste anoche?

—Tuve fiesta.

—¡Ah! ¿Qué tal fue?

Diego miró a Lucía intentando descifrar si más allá de la expresión amistosa y del cariño inocente que le profesaba habría algo más. Era casi hermética. Si tenía algún sentimiento por él sabía ocultarlo debajo de aquellas capas superpuestas de despreocupación... si es que acaso había algo.

Eso era lo que le atormentaba desde el día de la peluquería.

Después del incómodo momento de la erección involuntaria, Diego rechazó subir a su casa a desayunar, y en vez de eso fueron a una cafetería cercana y compartieron el café con leche y los cruasanes como si fuera una pareja de toda la vida. La amistad que había vuelto a surgir entre ellos tanto tiempo después ahora a Diego se le antojaba insuficiente. Quería muchísimo a la Lucía amigable que se atrevía a gastar bromas internas con él, que le miraba con respeto y que no le juzgaba, a pesar de todo; que le contaba sus historias del trabajo y se reía de las ocurrencias de su jefe, y que siempre esperaba con curiosidad las detalladas descripciones de las fiestas desfasadas que Diego tenía que cubrir. Pero de repente era consciente de que deseaba muchísimo más poder besarla hasta desgastarse, recorrer su cuerpo y arrancarle gemidos de placer. Cielo santo, no podía dejar de pensar en una Lucía ruborizada y excitada debajo de él. Lo estaba pasando fatal.

No se atrevía, eso era todo. Por muchas ganas que tuviera, Lucía no era como las otras mujeres y no había dado ni una sola muestra de que él pudiera gustarle. Sabía que había cierta atracción entre ellos. Era consciente de que a ella le parecía atractivo, porque se lo había dicho, pero, por primera vez, a Diego no le bastaba. No tenía claro qué quería más allá del calentón, pero no se podía permitir perder a la Lucía amiga por un poco de sexo. Se encontraba atrapado y eso le ponía nervioso.

El día anterior, en la fiesta en la que le habían contratado como fotógrafo, después de varios días dándole vueltas al tema de una manera un poco enfermiza, se intentó relajar. Sonrió, coquetó y desplegó su encanto, aunque le costó un poco de esfuerzo. Quizá solo fuera aquel tiempo de abstinencia que se había impuesto desde lo de Ellen. Quizá había pasado demasiado tiempo y ahora estaba confundido. Aquella noche se propuso volver a ser el Diego de antes, y nada más dar

por finalizada su labor de documentación localizó a una rubia con una delantera impresionante y vestida con un diminuto vestido brillante mirándole coqueta desde la barra. No se lo pensó mucho, sabía lo que tenía que hacer. Se acercó, sonrió, le dijo un par de monerías al oído y antes de darse cuenta ella le estaba comiendo la boca mientras le repasaba con lascivia la espalda y el culo. El problema fue que, aunque Diego ponía de su parte, no conseguía volver a sentirse como siempre. Aquella mujer que se le ofrecía sin ningún disimulo no le excitaba demasiado. Quizá fuera el ambiente, el ruido, el exceso de alcohol. Pensó en proponerle irse a su casa, pero nada más imaginarse a aquella desconocida en su sofá se le cruzó por la cabeza la imagen de Lucía allí sentada, sonriéndole con su boca jugosa y un millón de veces más sensual sin tanto despliegue erótico.

Se dio cuenta de que podía irse con aquella desconocida a casa, o podía buscar a otra, pero el resultado iba a ser el mismo. No era la falta de sexo: era Lucía. Pero no sabía cómo enfrentarse a eso.

De repente los besos de la desconocida se le hicieron demasiado efusivos y se separó de ella. Se disculpó, le lanzó una sonrisa de cortesía, y se dirigió a la salida para recoger sus cosas y marcharse a casa. A la muchacha no le gustó nada, pero a él le dio igual. Por primera vez, le dio realmente igual.

Su intento de desahogarse había salido muchísimo peor de lo que esperaba. El beso de la extraña le hizo añorar otro beso. Y ahora no sabía qué responderle a Lucía sin dejar de ser sincero.

—¿Que qué tal fue la fiesta? —repitió él—. Aburridísima. Creo que me he echado a perder.

Lucía se rio.

—¿Es preocupante?

—Bueno, nunca pensé que llegaría este día.

Miró a Lucía, que a pesar de ir con la vista en la carretera de vez en le lanzaba diminutas miraditas desde el lado del conductor. Estaba preciosa bajo la luz del sol que les iba acompañando en los recodos de la carretera: preciosa, segura de sí misma, como si no le cupiera un resquicio de duda o de dolor por dentro. Diego iba y venía de la idea de sincerarse con ella y, mientras no se decidía, el silencio crecía allí dentro, solo que, por primera vez en su vida, no se sentía incómodo en silencio con una mujer.

Ni tampoco se sentía incómodo mostrándose sincero con ella, sin pose, sin necesidad de fingir nada. En la radio comenzó a sonar Lost Cause de Beck y la música le provocó sin querer una melancolía pegajosa. Se reacomodó en el asiento, tomó aire y decidió que era mejor mirar el precioso paisaje de montaña en el que se iban adentrando.

Lucía observaba desde el asiento del conductor aquel gesto que le veía hacer a Diego de vez en cuando, el de encerrarse en sí mismo con una pena que le quedaba grande. No sabía qué le había ocurrido en la fiesta, pero ya le conocía lo suficiente como para saber que se estaba guardando algo.

Quizá se había enrollado con alguna y le daba vergüenza contárselo. Si era eso, Lucía no tenía nada que decirle; no era su guardiana, ni le debía explicaciones, pero le provocaba una aprehensión extraña en el pecho.

Estaba tan guapo que dolía verle. El sol le dejaba destellos dorados en los ojos de color miel. Tenía que dejar de mirarle y volver a la carretera, o acabarían teniendo un accidente.

Lucía sintió que tenía que hacer algo para eliminar aquel silencio dentro del coche, no por incómodo, sino por íntimo; tenía la sensación de que no era la única que estaba resbalando por un terreno desconocido con él. No dejaba de repetirse que eran amigos, como cualquier otra pareja de amigos, y sin embargo cada vez se lo creía menos. No tenía ningún amigo como él. Con ningún otro se sentía tan cómoda, tan libre para ser ella misma hasta las últimas consecuencias y a la vez tan conectada a cualquiera de sus gestos, tan consciente de la cercanía de su cuerpo. Tenía que quitarse eso de la cabeza, porque les esperaba un fin de semana con su familia y allí no cabrían comodidades ni sutilezas: tenía que hacerse a la idea de que, aun a pesar de la presencia calmante de Diego a su lado, la batalla iba a ser cruenta.

—Lo que te decía —prosiguió Lucía para quitarse la sensación de encima— es que al final, a pesar de que se lo repetí a mi madre un par de veces, nos han dado una sola habitación doble, en vez de las dos que pedí. Lo siento.

Diego la miró, volviendo en sí. Sonrió sin querer. Veía la expresión de disculpa de Lucía, pero a él le parecía encantador tener la ocasión de compartir la noche con ella.

—Por lo visto mi madre no entiende que pueda llevar un amigo que no sea un novio o un rollo y directamente ha ignorado lo que le dije que preferíamos dormir por separado. Por eso te decía lo de que esto parece el argumento de una comedia romántica de esas de serie B que te pones los días de la regla para meterte debajo de la manta cargada de analgésicos.

—O una novelita de esas eróticas que tú aseguras que no has leído nunca —dijo Diego, volviendo de repente a ser el tipo provocativo y juguetón de siempre por unos momentos.

—Ay, no... Es que yo nunca he leído eso. Soy una muchacha decente.

La cara de susto Lucía le hizo reír.

—¿De verdad te atormenta que nos tomen por pareja? —preguntó él.

—¡No! Lo que pensaba es que va a dar igual que insista en que somos amigos, cuando te vean va a ser imposible convencerles. Como si no tuviera bastante.

—¿Por qué lo dices?

—¿Pero tú no has visto lo bueno que estás? —le increpó Lucía.

—¡Anda, y tú también! No entiendo de qué hablas —le dijo Diego con una sonrisa, aunque Lucía lo recibió con extrañeza.

—No, a ver —intentó explicarse ella—. Que tú estás definitivamente mucho más bueno que yo, que va a ser raro que la gente crea que somos parejas... y que no lo seamos, pero lo parezca... ¡Ay, yo qué sé, me estoy liando!

Lucía intentó disculparse, pero se puso roja como un tomate. Se concentró en la carretera. No se podía creer que Diego acabara de decirle que le parecía atractiva.

A Diego le parecía que no había nada más adorable que ver a Lucía ruborizarse. Le dieron ganas de comérsela a besos en ese mismo momento, pero en vez de eso usó su autocontrol para girarse de nuevo y observar el paisaje.

Iba a ser un fin de semana interesante, eso por descontado.

Capítulo 8

El hotel era una maravilla, un enclave de piedra y madera en medio de un paraje montañoso plagado de pinos que quitaba la respiración, y lo primero que pensó Diego nada más bajar del coche era en cómo se notaba cuando la gente tenía dinero. Aunque a él no le afectaba, porque se sentía muy orgulloso de la clase de trabajo y esfuerzo que le habían enseñado siempre sus padres, entendía por qué Lucía se sentía tan juzgada por su familia. Cualquiera que tuviera capacidad para invitar a un buen puñado de personas a pasar un fin de semana en aquel lugar tendría cosas que opinar del estilo de vida que había elegido Lucía.

Aunque, en realidad, esa fuera una de las cosas que hacían que él la admirase tanto.

Antes de entrar, Diego le pasó el brazo a Lucía por el hombro y la apretó contra él para darle ánimo. No era la primera vez que se abrazaban, pero sí era diferente. No era un abrazo de cortesía, sino uno cargado de sentimientos buenos y profundos.

—¿Tanto se me notan los nervios? —dijo ella pegada al cuerpo de Diego mientras atravesaban el imponente umbral de piedra de la entrada que daba paso a un vestíbulo acogedor y bien iluminado.

—Estás temblando un poco —le susurró al oído.

Lucía le devolvió el abrazo como pudo, abarcando sus caderas. Aquel breve gesto le ocasionó sin querer que todo el vello de la nuca se le erizara de placer. No era solo el abrazo: era el ritmo de sus músculos al caminar, que notaba debajo del fino jersey de él, su aroma fresco y masculino, la mano que la agarraba con firmeza del hombro.

No se imaginaba cómo sería tenerle así de cerca toda la noche, en la misma cama. Mejor pensarlo luego.

No le dio tiempo a reaccionar cuando en ese momento vio a su madre bajar las escaleras hacia la recepción a la que ellos se dirigían. Ella los vio abrazados y puso cara de sorpresa, y en ese momento Lucía se soltó disimuladamente, en teoría, para dirigirse a ella, pero también para alejarse un poco de la presencia imponente de Diego. La madre de Lucía, una mujer muy guapa de mediana edad, vestida con elegancia y sencillez, no pudo evitar quedarse mirando a Diego con un poco más de estupefacción de la que él esperaba.

—¡Qué bien que habéis llegado ya! Creo que voy a necesitar un poco de ayuda para controlar a todas las tías —les dijo ella, y se dirigió a él irguiéndose ligeramente para abarcar toda su estatura—. Hola, soy Ester, la madre de Lucía.

Se acercó a Diego y le plantó dos besos en las mejillas, aunque él tuvo que agacharse un poco para recibirlos.

—Encantado. Yo soy Diego.

—Ya me habló Lucía de ti, sí.

—Espero que cosas buenas —dijo él con una sonrisa quizá un poco demasiado encantadora, y quizá forzando ligeramente el acento argentino. O eso le pareció a Lucía. ¿Trataba de impresionar a su madre?

—Bueno —interrumpió Lucía—. Vamos a inscribirnos primero. Ya sé que no quedan habitaciones libres y tendremos que compartir una porque, te recuerdo, mamá, que Diego y yo solo somos amigos.

—Claro, por supuesto —respondió su madre sin prestarle mucha atención, con la vista perdida en los brazos musculados de Diego.

—¡Mamá! —se quejó Lucía.

—¿Qué, mi vida?

—¿Dónde te puedo buscar luego?

—Seguramente fuera, en el jardín donde se celebrará la ceremonia —dijo su madre, volviendo en sí y apartando la mirada tan descarada de Diego—. O si es cerca de la hora de comer, supongo que en el restaurante.

—No creo que tardemos tanto en bajar —le dijo Lucía.

—Bueno, lo que os haga falta —le respondió su madre mirando a Diego con una sonrisa extraña mientras se despedía con una palmadita de camino a una de las puertas con cristalera que daban al comedor.

Lucía comprendió que su madre pensaba que iban a ponerse a retozar en la habitación o algo así, ignorando totalmente lo que ella le acababa de decir, y no pudo evitar que le ardieran las mejillas.

En gran parte porque, si tenía que ser sincera, le apetecía muchísimo hacerlo. Pero nada quedaba más lejos de la realidad. Todo aquel tiempo con Diego le había dejado claro que él no tenía ningún interés en ella más allá de la camaradería de dos viejos colegas. Y a pesar de que reconocía que cada poco tiempo los pensamientos se le iban a la cercanía física de Diego (y cómo esa necesidad de hacer el amor con él le crecía por dentro sin que pudiera confinarla de nuevo a un apartado rincón de sus pensamientos), si a fin de cuentas tenía que elegir entre un buen polvo o seguir teniendo a Diego como amigo, prefería tenerlo como amigo. Sabía que ambas opciones no eran posibles a la vez. Y, en aquellas semanas que llevaban viéndose y compartiendo ratos, Lucía comprendía que se sentía mucho mejor con él que con cualquiera de sus escasas amigas, con las que ya apenas quedaba.

Esa era otra cuestión que la hacía sentir muy mal, la de la ausencia de amigos reales en su vida y la soledad pegajosa que sentía a ratos, pero tendría que dejar la autoconmiseración para otro momento, porque con la tensión emocional de aquel fin de semana en familia ya tenía bastante, y ahora les tocaba registrarse en el hotel. En la bendita habitación doble.

—Menuda tu madre —sonrió Diego.

Fue Lucía la que comenzó a hablar con el recepcionista, pero pasó deliberadamente por alto la posibilidad de volver a insistir en una habitación extra. Mientras tanto, Diego se apoyó de espaldas sobre el mostrador y estaba pensando en el buen fin de semana que tendrían por delante (aunque solo fuera por la comida y la bebida gratis) cuando vio entrar a un tipo moreno, de rasgos atractivos pero expresión engolada, que al reparar en la presencia de Lucía cambió el gesto y sonrió de una manera tan altanera y lujuriosa que a Diego le dieron ganas de acercarse y quitarle la expresión de un puñetazo.

Lucía notó cómo Diego se ponía tenso a su lado y se giró para ver a su antiguo amante dirigiéndose a ella con una expresión de acechador que le hizo recular, aunque ya se encontraba pegada al mostrador. Sin darse cuenta, se agarró al brazo de Diego para protegerse, y a él, a pesar de la urgencia del momento, no le pasó desapercibido el gesto, ni la piel suave de Lucía.

Y no se lo pensó dos veces. Pasó el brazo por la espalda de Lucía y esperó a que el tipo llegase hasta ellos con una expresión de fiereza en el rostro.

—Este es el tipo aquel del que te hablé —le susurró Lucía a Diego.

—Lo supuse. Por cómo te mira no creo que sea uno de tus primos.

—¡Ay, hola, Roberto! —exclamó ella.

—¡No sabía que vendrías! —dijo el tal Roberto con una sonrisa ladina y mirando de reojo a Diego mientras le daba dos besos a Lucía un poco más descarados de lo que dejaba margen la cortesía.

—Hombre, soy la hermana de la novia, digo yo...

—Claro, claro... —interrumpió él—. Se me había olvidado que eras de la familia. ¿Y tú eres...?
—dijo dirigiéndose a Diego sin ninguna pizca de diplomacia.

—Yo soy Diego. —Apretó a Lucía—. El novio de Lucía.

Casi pudo escuchar el ruido de los ojos de Lucía abriéndose de par en par y su cuello girándose, pero lo ignoró y sostuvo unos segundos más la mirada desafiante de Roberto.

—¡Eso es nuevo! —dijo él, disimulando el malestar. Se le notaba a la legua que al ver a Lucía ya se había imaginado un fin de semana de sexo casual y despreocupado—. ¿No me dijiste que pasabas de relaciones serias? ¡Un novio! ¡Vaya relación más seria!

—No creo que yo haya dicho nunca esas palabras —dijo ella, aún atónita por la situación.

—Bueno, nos veremos por aquí, ¿no? Quizá podamos tomarnos algo a solas en algún momento y charlar como viejos amigos.

Diego no se podía creer el descarado de aquel tipo, que le acababa de guiñarla un ojo, ni las ganas

de pegarle el puñetazo que le crecían por dentro. Estaba convencido de que, como siguiera en ese tono, le acabaría reventando la cara antes de que acabara el fin de semana. Y él no era de pelearse con nadie, aunque sabía que por mucho esquí en Suiza que llevara a costas el tal Roberto, podía tumbarlo casi soplando. Pero en vez de responderle con una bordería, le dijo:

—No creo que yo vaya a dejar a Lucía mucho rato sola este fin de semana. ¿Verdad, mi amor?

Los ojos de Lucía se cruzaron con los suyos y Diego no supo interpretar si era desagrado por la propuesta de Roberto o pánico por lo que acababa de decir él, pero le dio igual: se encorvó para ponerse a su altura y, sin mediar palabra, le plantó un beso ridículamente largo en la boca.

De hecho, se quedó allí un par de segundos más, conmovido sin querer el dulce aliento de ella.

Lucía se quedó sin palabras. A pesar de que entendía a qué venía aquello, no recordaba un beso así de dulce, delicioso e intenso en toda su vida. Y eso que se lo dio con la boca bien cerrada, como dos viejos actores de Hollywood.

—Bueno, nos vemos —dijo Roberto marchándose de allí con expresión de disgusto.

—¿A qué ha venido eso? —dijo Lucía, aún conmovida por el beso.

—No se me ocurrió otro modo para que este tipo no te estuviera importunando todo el fin de semana —dijo él fingiendo naturalidad, cuando por dentro se moría de ganas de repetirlo.

—No, seguro que no había otro modo —repitió Lucía, aún un poco alelada.

El recepcionista les entregó la llave y se dirigieron ascensor, sin estar del todo seguros ninguno de los dos si con aquel ridículo beso habían traspasado sin querer un punto de no retorno.

Capítulo 9

La habitación era preciosa. Estaba decorada con un toque rústico muy acogedor, y era amplia y luminosa. A aquella hora del día el sol se colaba por los delicados visillos y le daba a la estancia un aura de intimidad que puso un poco nerviosa a Lucía. Solo había una cama de matrimonio (enorme, pero una) con una estructura metálica y un cabecero de barrotes. En el baño, una gran bañera incrustada la dejó boquiabierta al entrar a dejar su neceser, y no pudo evitar darse cuenta de que eran tan grande que allí cabría sin problemas un tipo tan alto como Diego. E incluso ella también, si quería. Y esa simple visión de los dos compartiendo bañera fue suficiente para dejarla derrotada sobre uno de los cucos silloncitos de la estancia.

Véía a Diego deambular por el cuarto, colocando sus cosas, cotilleando en los cajones, canturreando una cancioncilla indescifrable, como si lo que había ocurrido en el vestíbulo de la entrada no hubiera sido nada.

Quizá no había significado nada para él, aunque a ella la había dejado no solo con ganas de más, sino con un anhelo en el corazón que no sabía que podía llegar a sentir. Ni siquiera de adolescente, cuando andaba tonteando detrás de unos y de otros, recordaba haber vivido aquel fuego líquido que la atravesaba por dentro cuando le miraba. No conseguía entender qué sentía realmente por él. Y eso iba a ser un problema las próximas cuarenta y ocho horas en las que tendrían que compartirlo todo, incluso la cama. En eso estaba pensando cuando Diego la miró fijamente y el mundo se le vino encima.

De verdad que nunca había conocido a nadie tan atractivo. La luz de la estancia hacía que el pelo pareciera más dorado que rubio, y la sonrisa abierta y sincera que le dedicaba solo a ella fue directamente hasta el centro de su cuerpo, hasta ese punto exacto un poco por debajo del ombligo donde comenzaba una excitación que hacía muchísimo tiempo que no sentía.

—¿Por qué me miras así? —se rio Diego.

—Bueno... estoy pensando en que la fiesta de mañana será divertida, pero no sé cómo sobreviviré a lo que queda de hoy con toda mi familia por aquí —disimuló Lucía como pudo. Carraspeó, se puso en pie, se puso a doblar una chaqueta que había encima de la cama.

—Ya verás, irá todo bien. Siempre podemos emborracharnos muchísimo y escandalizar a todas tus tías.

—Eso no será difícil. No hará falta que nos emborrachemos tanto.

—Pues entonces nos emborrachamos nosotros, porque sí.

Diego se acercó a Lucía con un tono de voz ronco y sugerente y la abrazó en un gesto un poco posesivo apretándole los costados con sus brazos, dejándola completamente inmovilizada contra él. Sus ojos entraron en contacto y una oleada de calor, todo lo contrario a un escalofrío, recorrió el cuerpo de Lucía de un extremo a otro. Ella no pudo evitar devolverle el abrazo, dejando caer las manos un poco donde podía, que resultó ser sobre sus caderas, un poco por encima de la curva

que bajaba hacia su trasero. Le iba a dar un síncope de un momento a otro.

Antes se habían dado un abrazo de colegas. Aquello era otra cosa. Notaba el torso de él contra sus pechos, y los muslos firmes e implacables contra sus piernas, que no paraban de temblar. Por un instante Diego se quedó mirando su boca y le dio la sensación de que iba a besarla. Y no podía hacer nada por evitarlo. Estaba paralizada.

En cambio, Diego habló.

—¿Y si damos primero una vuelta por los alrededores? El sitio es precioso y he traído mi cámara.

—Claro... —susurró Lucía intentando recuperar su voz y su ser—. Pero para eso tendrás que soltarme.

—Claro... —repitió él, pensativo, sin apartar la vista de su boca.

Por supuesto que estaba a punto de volver a besarla. Diego ni siquiera sabía bien por qué había decidido abrazarla de ese modo, pero desde hacía un rato era consciente de que no controlaba del todo sus impulsos. Lucía siempre le había provocado una ternura maravillosa, y siempre creyó que era parte de la amistad, de lo bien que encajaban juntos; pero ahora, allí, en aquella habitación a solas, se dio cuenta de que también sentía un hambre extraña y poderosa por ella. De besarla, de saborear su piel. Y empezó a notar en la tirantez de su ingle que si no hacía algo ella también iba a empezar a sentirlo. Se separó, le plantó un inocente beso en la frente y aquel momento extraño entre los dos se difuminó un poco.

—Entonces —disimuló Diego, girándose hacia el armario hasta que la incipiente erección se relajara un poco—, ¿nos emborrachamos primero, o damos el paseo?

—Creo que deberíamos dar el paseo primero —se rio Lucía, aún impactada por el abrazo—. Porque como nos emborrachemos y nos vayamos al monte es posible que tengan que acabar viniendo a rescatarnos los de Protección Civil.

Y los dos se partieron de risa imaginando a la policía, los bomberos y todo el equipo de búsqueda entrando en tropel en el hotel, y ellos dos solos por el monte arruinando borrachos la maravillosa boda de cuento de hadas de su hermana.

Diego cogió su cámara y rezó en silencio al dios desconocido para que no se cruzaran con nadie de la familia mientras se dirigían a dar el paseo. La necesitaba un rato más para él solo. Nada más aterrizar el ascensor en el vestíbulo, agarró la mano de Lucía y tiró de ella hacia el exterior. En seguida se dirigieron hacia la zona más lejana al aparcamiento y la entrada, donde daban comienzo algunos senderos naturales que se introducían monte adentro.

El sitio era espectacular. Nada más alejarse de todo atisbo de civilización, les empezó a acompañar el aroma de la tierra aún húmeda del rocío y la sombra, el sonido de los bichos y de algunos animales escondidos de la vista y la imponente presencia de los pinos, cada vez más altos y frondosos.

Caminaron en silencio unos minutos, hasta que llegaron a un pequeño claro que a Diego le pareció

suficientemente apartado como para aflojar el ritmo.

—¿A qué vienen las prisas? —se rio Lucía. Quería quejarse, pero le gustaba mucho aquel Diego un poco irreflexivo y con ganas de hacer cosas, tan diferente al tipo apagado con el que se había encontrado hacía pocas semanas. Ahora se parecía mucho más al Diego de siempre, aunque sabía que no era igual. La gran diferencia, pensaba Lucía, era lo atento que estaba con ella.

—No quiero que nadie de tu familia te localice y te empiece a pedir que les ayudes con los arreglos florales o yo qué sé.

—Uy, qué va... de eso se encarga la fabulosísima wedding-planner. Mi hermana y mi cuñado se han gastado tanto dinero en esta boda que daría para alimentar a un par de familias un año entero.

Diego se encogió de hombros. Le pasaba igual con los ricachones que le contrataban para sus fiestas. Mientras le pagasen bien no iba a atreverse a decir ni pio, pero a veces él solía medir en meses de alquiler el dinero que se habían dejado en la decoración, o la barra libre, o en contratar al dj de moda. Y siempre era una barbaridad.

El sitio tenía una pequeña pendiente que ambos subieron ayudándose entre sí, y que desembocaba en un saliente de roca desde el que se vislumbraba una vista impresionante del valle.

—Increíble —dijo Lucía, sentándose en el borde. Diego siguió sus pasos y se sentó al lado, tan pegado a ella que no quedaba espacio entre ambos. Estaban tan cómodos juntos que ninguno de los dos estaba acostumbrado. Después de unos segundos de silencio, mientras aquella visión de bosque y montaña hasta donde alcanzaba la vista los deslumbraba, Lucía apoyó la cabeza sobre el hombro de Diego.

—A veces pienso en esta clase de gente —dijo Diego.

—¿En quiénes?

—En los ricos. En tu familia, en los que me contratan a mí como fotógrafo.

—Ah, ya.

—Se supone que tendría que sentir envidia de ellos, pero no me sale.

—A mí me pasa igual.

—Yo creo que no se puede ser más feliz que aquí y ahora. —Y fue a decir algo más, pero no le salieron las palabras. Sentía que había sido totalmente sincero, con otra persona, pero también consigo mismo, por primera vez en su vida. Levantó la mano sin pensarlo demasiado y acarició el pelo de Lucía, jugueteando con los mechones entre los dedos.

Lucía era consciente de que desde fuera parecían un par de enamorados. Y lo dejó pasar.

—No me había dado cuenta de que ya soy afortunado sin todo este lujo —continuó Diego—. Y creo que nada de lo que me ofrecieran a cambio compensaría.

—Cuéntame —dijo Lucía, embelesada por lo que Diego le estaba haciendo en el pelo, por los gestos inconscientes, las caricias sobre el cuero cabelludo—. Porque cuando nos encontramos hace unas semanas parecía que no estabas así de bien.

—Sí, lo sé —admitió Diego—. Estaba buscando algo.

—¿Y lo has encontrado?

La pregunta aparentemente inocente de Lucía sacudió a Diego. Lo cierto era que sí, que lo había encontrado: a ella. Lo había cambiado todo. Pero no sabía cómo decírselo.

No sabía si decírselo siquiera, porque ella era una mujer inteligente, valiente y segura de sí misma que buscaba en un hombre algo que Diego no podía darle. Sin embargo, Lucía era su bálsamo, las ganas de vivir que había perdido. Aquellas últimas semanas con ella le estaban sirviendo de brújula para volver a encontrarse, y no donde se perdió antes, sino en un lugar mucho mejor y en una nueva versión de sí mismo con la que se encontraba más a gusto que nunca. Entendía por qué no echaba de menos a ninguna de sus Ellen, con las que compartía buen sexo, pero cuya conversación no pasaba nunca más allá de lo superficial. Y, sin embargo, ahora estaba agradecido por haberlas conocido porque podía compararlas con Lucía y darse cuenta de que de ella no se cansaría nunca. Siempre tenía ganas de seguir hablando, de seguir riendo y bromeando. Se moría de ganas de volver a besarla. Y, sin embargo...

Seguía sin saber qué pensaba ella.

Se giró para besarle la frente y se quedó allí quieto unos segundos, en el nacimiento de su pelo, aspirando aliviado el aroma a dulce y a sol de Lucía.

Ella sintió que el beso de Diego no se parecía a un inocente intercambio entre amigos. De repente intuyó con toda claridad que él iba a besarla como siguieran allí, y a eso no sabía cómo enfrentarse.

A un beso de pantomima para espantar a un tipejo como Roberto, vale. Pero a un beso de verdad, en el calor del momento... ¿qué sería de ella después?

Dio gracias en silencio cuando el tono de su teléfono móvil les hizo separarse. Lucía se puso de pie para poder sacarlo del bolsillo del pantalón. Era su madre, que le pedía ayuda con un asunto del vestido de su hermana. Diego se echó para atrás y empleó aquellos últimos minutos en contemplar el lugar. Dudaba de que pudieran tener tiempo el resto del fin de semana para volver, y era una pena, porque las rutas de senderismo que rodeaban al hotel prometían mucho más que la propia boda y toda su fiesta. Sin embargo, con los rayos de sol, la penumbra del bosque y la suave rugosidad de aquella roca como testigos, Diego se prometió en silencio que, si finalmente, de algún modo, conseguía enamorar a Lucía y que ella quisiera estar con él, la volvería a traer a este mismo lugar para pasear, comer, beber, dormir y follar como locos.

Capítulo 10

Al volver al hotel no les dio tiempo a pasar mucho rato juntos. Comieron con parte de la familia de Lucía en el comedor del hotel, y la sobremesa se hizo larga terminando de apuntalar todos los preparativos para el día siguiente. Diego conoció a padrastro de Lucía, un hombre de unos ochenta años que, a pesar de la edad, se conservaba estupendamente. Hablaba con sus hijastras como si fueran hijas propias, y Diego se fijó en que al interactuar con él Lucía se relajaba, y cuando hablaba con su madre o su hermana volvían a tensársele los músculos de los hombros casi sin querer. También le presentaron a la hermana de Lucía, Sonia, que a pesar de que tenía a su futuro marido del brazo no dudó en hacerle a Diego un barrido de aprobación nada delicado, para tormento de su hermana. Lucía no dejó de repetir durante todo el encuentro, y casi sin venir a cuento a veces, que Diego y ella eran amigos, y nada más que amigos. Diego se reía y cada que escuchaba a Lucía pensaba: «Ya hablaremos tú y yo de eso luego, cuando estemos solos en la habitación».

La boda era por la tarde del día siguiente, pronto para aprovechar bien la luz del atardecer. Y a pesar de que la wedding-planner, una mujercilla pequeña y delgada vestida con unos tacones de infarto, iba y venía como una polilla que no sabe encontrar el camino de vuelta a la ventana, la madre de Lucía se encargó de dejarles tareas pendientes a todos los presentes. Quisiera o no.

—Tú me acompañarás ahora a comprobar que los centros de flores están bien, que no veas el suplicio que nos dieron en la floristería con los últimos cambios —le dijo Ester a Lucía cuando ya se levantaban finalmente de la mesa.

—¿Yo? —se quejó Lucía—. Si yo no sé nada de flores.

—Será solo un rato —su madre no la dejó quejarse, pero de repente paró en seco y se quedó mirando a Diego—. A no ser que tengáis otros planes —rectificó.

—Mamá, no hay planes de nada, solo somos amigos.

—Que sí, que sí... pero yo qué sé qué nombres tan raros os ponéis los jóvenes ahora, para mí todo es muy confuso.

—Ni que fueras una octogenaria, mamá.

—Pues en mis tiempos era todo mucho más sencillo: que nos gustábamos, pues no hacíamos novios, y luego ya se veía.

—Mamá... te recuerdo que «tus tiempos» eran los años ochenta, no principios de siglo.

—Anda...

—No pasa nada, Lucía —se disculpó Diego—. Pensaba salir a sacar unas fotografías. El entorno es fabuloso y esta mañana no aproveché bien el paseo.

Los dos intercambiaron una sonrisa, acordándose del rato tan tierno que compartieron en la roca, y Ester malinterpretó completamente aquella mirada.

—¡Listo, entonces! —sentenció su madre—. Ya luego tendréis toda la noche para estar juntos.

—¡Mamá! —se quejó Lucía. Pero le dio igual. Su madre la agarró del brazo y la dirigió a una de las salas del hotel, que permanecían cerradas para guardar todo lo de la boda.

Realmente se habían dejado una pasta en la celebración.

Tampoco era de extrañar; no solo por el dinero que sabía que su padrastro tenía, porque, aunque ahora estaba jubilado, seguía formando parte de la junta directiva de la gran empresa que había dirigido gran parte de su vida y se lleva su sueldo, sus dividendos y sus bonos todos los años. Su cuñado, por su parte, también venía de familia pudiente y tenía un buen trabajo en un despacho de abogados. A Lucía siempre le había parecido un tipo bastante soso, extremadamente tradicional. Probablemente, lo que más enamoró a Sonia fue la devoción que él le dedicó siempre. Para Carlos, Sonia era más que perfecta, y cuando ella aceptó casarse lo que más le convenció (eso se lo confesó a Lucía) fue la promesa de su prometido de que no repararían en gastos para tener la boda de sus sueños. Él lo aceptó prácticamente todo, aunque hubiera preferido casarse en la iglesia, o incluso en la catedral, con todo el boato y toneladas de tules. Al final, aceptó la idea de Sonia de hacer la ceremonia (religiosa, eso sí) en aquel hotel de lujo en la montaña. A Lucía todavía le daba la risa pensar que a su hermana mañana la casaría un cura, cuando prácticamente nunca habían pisado una iglesia, y cuando, de adolescente, lo recordaba perfectamente, una vez le confesó que se consideraba tan atea que estaba segura de que se derretiría como un vampiro si atravesaba la puerta de la parroquia del barrio. Y aquella adolescente atea aspirante a punki se casaba por la iglesia en unas horas con todo un niño pijo, de los que hacen honor a su mote.

En fin, que fueran felices.

Las flores estaban perfectas, en forma y número, aunque Lucía no fue capaz de ver la diferencia entre las peonías y los lirios, a pesar de las veces que su madre intentó hacérselo entender. Para cuando terminaron, su padrastro llegó avisándolas de que ya había llegado la familia del novio y en breve tendrían una pequeña cena informal de celebración para la que debían ir a arreglarse ya.

—A ver, mamá —le dijo Lucía de camino a las habitaciones—. Define «cena informal de celebración», porque a mí me parecen demasiados conceptos contradictorios.

—Pues qué va a ser, una cena de celebración.

—Pero la boda es mañana, ya habrá celebración.

—Ya, pero la familia de Carlos es muy tradicional, y a ellos les encantan eso de las cenas y ponerse volantes...

—No entiendo lo de los volantes.

—Una cosa un poco estrafalaria que pasó el año pasado en el cumpleaños de Sonia...

—Entonces, ¿hay que vestirse elegante?

—Un poco, sí.

—... pero es informal.

—Sí.

—¿Y qué me pongo? Yo he traído el vestido para mañana y poco más, nadie me avisó de celebraciones informales.

—Ay, cariño... yo qué sé. Cualquier cosa menos ese jersey viejo que llevas puesto.

—Es de Desigual.

—Pero es viejo. Y las zapatillas. ¿No te has traído unos zapatos más monos?...

—Mamá...

—Bueno, yo voy para mi cuarto —dijo su madre al salir del ascensor. Compartían planta, pero su habitación estaba en el otro extremo de aquella ala—. Seguro que encuentras algo.

Lucía resoplaba bastante indignada cuando entró a su habitación y se encontró con Diego allí dentro. Estaba tumbado en la cama, sin camiseta, con un brazo detrás de la cabeza y con el otro pasando distraídamente los canales de la televisión.

Aquel hombre era una delicia de cualquier forma y postura. Sin estar excesivamente musculado, su cuerpo era fibroso y la piel relucía bajo la hilera de tatuajes que le cubrían los brazos y parte del torso.

Hacía años que no le veía así y se le había olvidado ya el efecto que le provocaban aquellos tatuajes.

Diego sonrió al verla entrar y Lucía no supo si disimuló del todo el calor que le subía a las mejillas.

—¿Te entendiste con las flores?

—Mmm... no. Lo peor es que ahora tenemos que arreglarnos porque me ha dicho mi madre que en vez de cena normal hay una «cena informal de celebración» con familia del novio.

—Ah, genial, pues —sonrió Diego.

—No, genial, no, que me tengo que vestir elegante y no he traído nada.

Diego se puso en pie y se pasó la mano distraídamente por la barba, haciendo salivar a Lucía sin pretenderlo.

—Anda, yo te ayudo.

—¿Tú?

Lucía se plantó a su lado frente al armario, extrañada.

—Te olvidas de que he salido con un montón de modelos y he estado en decenas de países.

—En eso tienes razón.

—Bueno, a ver... esos vaqueros están bien, aunque podemos remangar los bajos. ¿Te has traído algunos tacones?

—Solo los de mañana.

Diego la miró con cara de diversión.

—¿¡Qué!?! —dijo Lucía, molesta.

—Nada. No he conocido a ninguna mujer que no fuera por ahí con media docena de zapatos.

—Pues mira, ya has dado con una.

Y eso a él le pareció delicioso.

—Y, a ver... ¿qué traes para la parte de arriba?

—Nada, solo este jersey, alguna camiseta de interior... —dijo ella señalando las que había colgadas en su lado del armario—. Y el top este de flores, que lo tenía reservado para la vuelta a casa el domingo porque es ancho y cómodo.

—No, no es muy elegante.

—¡Ya te lo dije!

—Bueno, no te desesperes...

Diego iba y venía sobre la ropa de Lucía, al lado de la suya, y de repente se le encendió una luz.

—Ya sé. Toma.

Descolgó una camisa de reserva que había traído, muy sencilla, de color blanco y lisa, y se la tendió a Lucía.

—Venga, en serio —insistió él. Lucía la agarró y se la colocó por encima, intentando hacerse una idea de lo que Diego tenía en la cabeza, sin lograrlo.

—No sé qué pretendes con esto.

—Es primero de modelaje, una camisa grande atada al ombligo. Parece que no has estado nunca en una sesión de fotos.

—Y no he estado. —Diego se rio—. Me estás tomando el pelo, ¿verdad?

—Es que estás tan guapa que se me olvidó que no eres una modelo.

Lucía entornó los ojos.

—Anda, ¡zalamero! —le dijo llevándose la camisa y los zapatos al baño—. Me cambio y salgo, ¡pero no estoy nada convencida!

Diego se echó de nuevo en la cama, deseando entrar con ella y verla desvestirse. Lo de que la veía guapa lo había dicho en serio, aunque estaba seguro de que Lucía no se daría por aludida. Se había dado cuenta de que la belleza de Lucía era algo que acompañaba a su forma de ser. Le gustaba la forma almadrada de sus ojos, y la pequeña separación entre sus paletas cuando sonreía. Tenía la piel suave y un cuerpo precioso, con unos pechos pequeños y redondos que se moría de ganas de inspeccionar. De repente la puerta se abrió y Lucía salió con la camisa y los zapatos, pero sin ganas ni brío alguno.

—Anda... —le dijo Diego acercándose a ella—. Parece que lo haces aposta.

—Puede ser... la verdad es que no tengo ganas de esta cena.

—Vale —le prometió Diego, ya muy cerca de ella, casi con su cuerpo pegado al suyo—. Qué te parece si bajamos, cenamos, y nos retiramos pronto con un par de botellas de vino. He visto en el canal interno del hotel que podemos alquilar películas.

—No suena mal.

—¿Mejor así?

—Bueno, pero no sé arreglar lo de la camisa.

—Déjame a mí.

Diego se arrodilló frente a ella y se puso a estrecharle el bajo de los vaqueros para disimular que fueran una especie de pitillos improvisados. Después subió las manos hasta las caderas y las apretó para incorporarse y volverse a poner a su altura.

Lucía estaba ardiendo por dentro. Aquella forma tan natural de acercarse a ella y tocarla debajo de la ropa, a pesar de lo insospechado, le parecía una de las cosas más eróticas que le habían pasado en la vida.

Aunque con Diego, últimamente, cualquier cosa le parecía erótica.

Intentó no pensar que compartirían cama aquella noche.

Diego le desabrochó los últimos botones de la camisa y con los extremos hizo un nudo tras el que dejó al aire el ombligo. Tiró de los vaqueros, bajándoselos un poco más hasta las caderas, todo lo que cedió la prenda. Con el dorso de los dedos le acarició la tripa, suave y lisa, rodeándole el ombligo, en lo que pareció un momento de descuido. Lucía se iba a morir, pero no dijo nada.

Luego Diego se quedó mirando fijamente sus pechos.

—Bueno, qué pasa... —se quejó ella.

—¿Llevas sujetador?

—Eh... no me lo voy a quitar, si es lo que estás pensando. Ni hablar.

—Pero... a ver... podrías ir perfectamente sin sujetador, tienes unos pechos preciosos.

Diego había bajado la voz y le hablaba casi con un susurro. Lucía no sabía si se estaba volviendo loca o Diego estaba coqueteando descaradamente con ella. Suspiró y se puso firme.

—Ni hablar. Hay que ir elegante, no buscona, ¿recuerdas?

—Tienes razón —dijo él, apartándose finalmente tras desabrocharle un botón de más en el escote y dirigiéndose a las mangas para enrollárselas hasta medio brazo—. ¿Sabes hacerte algún recogido en el pelo que te lo suba así, para arriba?

Lucía sacó del bolsillo un coletero negro, se mesó un poco el pelo y se lo recogió en un momento con el moño alto que utilizaba en las mañanas para andar por casa.

—¿Vale así? —le preguntó a Diego con cara de extrañeza.

—Genial, un último toque. ¿Tu maquillaje?

Lucía le señaló un bolsito en la encimera del baño. Él rebuscó hasta dar con un lápiz de labios de color rojo y regresó a Lucía. Se colocó tan cerca que ella sentía su aliento, de nuevo, rozándole la boca.

—Lo puedo hacer yo —susurró Lucía, tratando de distender el ambiente.

—Da igual —dijo él, sujetándole la mandíbula con una caricia y dándole unos ligeros toquitos con la barra—. Sé lo que hago.

«Estoy segura de que sí», se dijo Lucía, pensando en todo el aluvión de sensualidad que desprendía el cuerpo de Diego y que no era capaz de procesar.

—Ya está —sonrió él—. Mírate.

Lucía se dirigió al espejo del cuarto de baño y casi no se creía la imagen que le devolvió: parecía una mujer diferente, y muy atractiva. Y, definitivamente, elegante. La camisa de Diego le sentaba como un guante y él había sabido ajustarla de tal manera que resaltaba sus curvas.

—Oh... ¡gracias, Diego! ¡Qué pasada!

Se cambió de postura y se puso a hacer el tonto frente al espejo. Le gustaba verse así. Y a Diego le gustaba mirarla. Con apenas un par de cambios había conseguido sacar de ella lo que siempre llevaba sepultado bajo capas de ropa. Pero así era como él la veía en realidad, siempre. Guapa,

divertida, feliz.

Se apartó un poco de la puerta para dejar de mirarla y tratar de relajarse, porque sabía que se había pasado rozándola y acariciándola en el proceso y ahora tenía una erección que no sabía controlar.

—Sal pronto, que tengo que entrar un momento —le dijo él para disimular.

—Ah, claro —respondió Lucía, saliendo inmediatamente y poniéndose a preparar su bolso para la cena.

Diego, una vez dentro del baño y a solas, poco a poco se pudo calmar, pero no tenía ni idea de cómo iba a sobrevivir a la cena, ni a la noche en aquella cama, ni al día de mañana con Lucía al lado todo el rato.

Ni, prácticamente, al resto de su vida si no era con ella.

Pero ese pensamiento lo dejó guardado en el lugar más profundo que encontró.

—¿Y tú? —le preguntó ella cuando por fin salió del baño. Estaba sentada en el borde la cama, con las piernas cruzadas e inclinada hacia atrás, apoyándose en las manos. Sabía que era una postura del todo casual, pero en ese ángulo Diego le podía ver la curva del pecho por encima del sujetador y desvió inmediatamente la mirada.

—Yo lo tengo fácil.

Cogió una camiseta negra de manga corta del armario y se la puso debajo de la americana. Se recogió el pelo con una goma en un pequeño moño y abrió los brazos.

—Ya está —dijo él—. Los zapatos y estoy listo.

Lucía sonrió.

—No es justo. Pero estás como un tren.

Diego se rio.

—¿Lo estoy?

—Lo sabes de sobra, esa es la cuestión.

Capítulo 11

A Lucía la estúpida cena informal de celebración se le antojó una de las cosas más insoportables y aburridas a las que había tenido que acudir en su vida. Podía lidiar con su familia, e incluso pasar el rato con la familia política de su hermana se le hacía llevadero, pero juntar a ambas en una especie de torneo encubierto de a ver quién tiene más clase y más dinero resultó ser un espectáculo soporífero y, en momentos, directamente vergonzoso.

Todo ello sin contar con que el adorable Roberto rondaba por allí, con sus aires de latin lover de saldo, sin quitarle un ojo de encima a Lucía, y mientras Diego y ella tenían que andar toreando el hecho de que él pensaba que eran pareja mientras que el resto pensaba que no lo eran.

Hacia un rato que habían servido los postres cuando Lucía se quedó mirando a Diego con cara de pena. Estaban sentados juntos en una de las largas mesas que habían dispuesto los del hotel, que habían cerrado el comedor para ellos. Se inclinó hacia él para poder hablarle un poco más en privado.

—¿Tienes localizada alguna botella de vino que podamos requisar? —le preguntó ella.

—¿Ya te quieres retirar?

—No puedo más del aburrimiento. Ni podré soportar otra conversación más de a ver quién tiene más grande la cuenta corriente.

Diego soltó una carcajada y llamó automáticamente la atención de varias de las primas de Lucía que estaban enfrente y a las que él respondió con una de sus sonrisas encantadoras. No le habían quitado la vista de encima en toda la velada, y eso era algo que le estaba empezando a sacar de quicio a Lucía, aunque sabía que no tenía razones para ello.

Para empezar, Diego no era su novio. No era su nada. Y él tenía todo el derecho a ligar con quien quisiera, incluso con alguna de sus primas repipis y siliconadas.

Sin embargo, se notaba cansadísima, física y mentalmente, y lo único que deseaba era subir al cuarto, acurrucarse con él en la cama y poder tomar fuerzas para el día siguiente.

—A lo mejor si sonríes un poco al barman te da una botella —le dijo él.

—¡Aggh! ¡No seas desagradable!

—¡Pero si lo digo en serio! No deja de lanzarte miraditas cuando pasa. Y no me extraña, estás guapísima.

—Eres de lo que no hay... nada me apetece menos, nada, que tener que ponerme a ligar ahora para conseguir una botella de vino. Para eso, prefiero no llevarnos el vino, y robamos algunas chokolatinas del minibar.

—Por mí, encantado.

—Perfecto. Vámonos.

—Pero si nos vamos juntos mientras está todo el mundo sentado, va a dar el cante, Lucita.

Al final quedaron en que él se levantaría como para ir al baño, y al cabo de diez o quince minutos Lucía se haría la remolona y se acabaría marchando también. Y el plan funcionó, más o menos, salvo por el hecho de que, al verla de pie, una de sus tías le hizo señas para que se acercara y Lucía no pudo evitarla.

Y no era de las tías por parte de su madre que eran agradables y simpáticas, sino una de las tías de parte de su padrastro que parecía que había nacido con un palo en el culo. La tuvo veinte minutos, entre halagos y sonrisas falsas, preguntándole por cómo le iba la vida hasta conseguir llegar a quién era Diego y qué hacía allí con ella. Hubo un instante de lucidez en el que a Lucía le pareció intuir que aquella señora estaba queriendo que confesase que había contratado a una especie de gigoló o algo así para no acudir sola al evento.

Se disculpó sin muchos miramientos, y se marchó con la excusa de ir al baño, para girar en la salida en dirección al ascensor.

A Diego aquel rato se le había hecho eterno. La habitación, al entrar y cerrar la puerta tras de sí, le pareció muy diferente a como la habían dejado. La luz de las mesillas era tenue y bastante acogedora. No pudo evitar quedarse mirando la cama un largo rato. Se había propuesto ir poco a poco con Lucía, intentar averiguar sus sentimientos, y no tirar directamente por el camino rápido del sexo. Aquella noche quería abrazarla, y quería hablar con ella, sincerarse, aunque fuera un poco nada más, e intentar averiguar en qué terreno se encontraba. Sin embargo, para poder hacer lo que se había propuesto tenía que engañarse de alguna manera.

Se desvistió rápido, cogió el pijama de la maleta y se metió en la ducha. Dejó que el agua caliente le golpease un buen rato la espalda y cuando empezó a sentirse amodorrado se obligó a pensar en ella.

En que no tardaría nada en subir.

En el escote de su vestido, en aquellos pechos pequeños que se moría de ganas de saborear. En cómo sería dormir pegado a ella aquella noche. En cómo sería tenerla desnuda a su lado. Y comenzó a acariciarse.

Aunque no solía hacerlo mucho, no le costó encontrar el ritmo. Necesitaba hacerlo, necesitaba desahogar aquella tensión, por ella, y también por él. Por una vez, quería hacerlo bien. Empezó a notar cómo todo su cuerpo entraba en tensión por el placer. Gimió tímidamente cuando se corrió, por fin. No sabía si había sido la mejor idea, pero igualmente, al recuperarse, se enjabonó rápidamente, apagó el agua y salió. Se puso el pijama y durante unos segundos aún tuvo la tentación de no ponerse la camiseta y esperarla así, solo con los pantalones y ver si reaccionaba como aquella mañana, porque le había encantado cómo le miró. Sonrió para sí y finalmente se la puso. Si todo salía bien, podría hacer eso muchas veces en el futuro.

Y esa idea le hizo sonreír como un tonto.

Lucía abrió la puerta poco después y sonrió al verle allí esperándola y con el aroma en la habitación de ducha reciente. Se acercó y se sentó a su lado.

—Una de mis tías quiere saber si eres un gigoló que he contratado para el fin de semana.

Diego no pudo evitar partirse de risa.

—Qué maravilla...

—Te lo dije, es como estar encerrada en una comedia cutre, y aquí no hace gracia —dijo Lucía quitándose el recogido de forma descuidada y dejando caer el pelo sobre sus hombros. Diego alargó la mano para acariciarle los mechones, y Lucía no le prestó atención, como si fueran dos viejos amantes.

—¿Te puedo preguntar algo? Es un poco personal —dijo Diego apartando finalmente las manos de su nuca. Lucía asintió con un gesto—. ¿Y tu padre? Me refiero a tu padre biológico. No me lo has presentado y nadie se ha referido a él.

—No ha venido. Mi hermana le llamó hace unos meses para invitarle a venir, pero él dijo que tenía programado un viaje de trabajo para esta fecha y que le era imposible. Yo supongo que le damos un poco igual a estas alturas.

—Vaya, lo siento.

—No, no lo digo con amargura. Es así. Cuando alguien no quiere estar en tu vida, no le vas a obligar. Aunque sea tu padre.

—Pero, aun así, debe ser duro. ¿Hace cuánto tiempo que no hablas con él?

—Le mandé un mensaje de felicitación por Navidad.

—Me refiero a hablar... hablar en serio.

—¡Ah! —Lucía hizo memoria—. Quizá dos o tres años.

—¡Vaya! Eso es mucho tiempo. Yo apenas me puedo imaginar pasar más de una semana sin hablar con mis padres, o pasarme a comer por su casa.

—Pero no me afecta, de verdad. Sonia le llamó y me lo contó, que lo hizo por cortesía, pero que realmente no esperaba que viniera. Yo tampoco.

—No entiendo cómo alguien puede tenerte como hija y no querer saber nada de ti.

Lucía sonrió.

—Qué majo eres. Dices unas cosas que...

—¿Qué?

—Que sabes cómo decirlas —se rio Lucía.

—Que estoy muy bueno, que digo cosas bonitas... —bromeó Diego—. Soy un partidazo, según tú.

—Lo eres. Y también eres uno de los mejores amigos que he tenido nunca.

—¿De verdad?

—De verdad del todo.

Diego se incorporó un poco para darle un abrazo tierno y largo cargado de intimidad. Lucía le acarició la espalda mientras se deleitaba en el maravilloso aroma a jabón y desodorante de su cuello y Diego le besó el pelo. Aquel momento se empezó a cargar de un deseo que ninguno de los dos podía disimular, pero tampoco querían reconocer, y se separaron carraspeando y dejando pasar el aire.

—Estoy cansadísima —dijo Lucía—. Me voy a dar una ducha rápida y vemos esa peli. Aunque bastante película tenemos ya aquí montada, ¿eh, gigoló que he contratado para fingir delante de la mi familia que no soy una fea solterona que ha fracasado en la vida?

—Voy a ver si tienen alguna con ese argumento en el catálogo —se rio Diego poniendo a buscar en la televisión.

Minutos después, tras haber escuchado un breve paseo por la ducha, Diego la vio salir con el pelo suelto y la cara lavada, y un enorme pijama rosa de felpa con dibujos de unicornios que vomitaban arcoíris que no pudo evitar que le arrancara una sonrisa.

No se podía creer lo estúpido que había llegado a ser; aunque había tenido a aquella preciosa mujer trabajando a su lado durante un montón de tiempo, nunca se dio cuenta de lo maravillosa que era. Incluso con aquel pijama antierótico le parecía deliciosa, y solo tenía ganas de tenerla en sus brazos.

—No me digas que no vengo preparada para un fin de semana de lujuria —bromeó Lucía luciendo el pijama como en un mal pase de modelos, intentando quitarse de la cabeza la idea de que iban a pasar la noche en la misma cama.

—Qué va, estás monísima.

Diego dio un par de palmaditas sobre el colchón para que se sentara a su lado con una sonrisa boba y Lucía obedeció.

—¿Qué has encontrado?

—Esta sobre una boda. Hay risas, enredos y mucha tensión sexual.

—Perfecto, entonces —se rio Lucía.

Diego le dio al play y los dos se recostaron sobre el cabecero; al cabo de un momento pasó el brazo por detrás de la cabeza de Lucía, esperando que ella aceptase el gesto y se acurrucara

contra su pecho, cosa que ella hizo como si fuera lo más natural del mundo. La tentación de inclinarse y besarla en aquella posición, sin que ella pudiera resistirse, le resultaba cada vez menos salvable.

Quizá era un buen momento para ser sincero. Nunca se había sentido tan cómodo con nadie en la vida, y nunca había compartido tanta intimidad, ni había podido mostrarse tan auténtico, y reconocía que era algo que le había ido cambiando por dentro en las últimas semanas. Quería decírselo, y quería agradecerse. Se fue a girar para poder verla mejor, pero notó su peso muerto sobre el pecho. Se había quedado dormida como un tronco.

Apagó la televisión. La acomodó sobre la almohada y él se recostó a su lado, todavía pegado a ella lo suficiente para perderse en el aroma de su piel. Prefería un millón de veces mirarla a ella dormir que ponerse cómodo y que aquel momento desapareciera.

Capítulo 12

Lucía lo supo incluso antes de abrir los ojos: aunque quisiera, ya nunca podría quitarse de la cabeza la sensación de paz y bienestar que sentía al tener a Diego dormido a su lado. Notó su peso, la cadencia de su respiración dormida, y cuando abrió los ojos para observarle se dio cuenta de que estaba enamorada. Así de simple y así de complicado.

La noche anterior cayó dormida en unos segundos y descansó como pocas veces en su vida. Se les había olvidado cerrar las cortinas, así que la luz del sol anunciaba que ya debían ser casi las nueve. No se movió nada, observándole dormir unos minutos más. Diego estaba muy pegado a ella, con una de sus piernas ligeramente enroscada en la suya debajo del cómodo y mullido edredón, con el pelo revuelto cayéndole sobre la cara. Parecía que llevaran así toda la vida, durmiendo juntos, riendo juntos. Todo aquel amor que de repente supo que sentía por él era una delicada bola de sentimientos en el centro de su pecho que amenazaba con explotarle, y no de buena manera.

Le quería muchísimo, y además era cierto lo que le había dicho la noche anterior: en pocas semanas se había convertido en uno de los mejores amigos que hubiera tenido nunca. Diego era atento, bueno, luminoso. Nunca había conocido esa faceta suya y descubrirla ahora le resultaba a la vez extraño y conmovedor. Con ella Diego se había mostrado vulnerable y sincero. Quizá hubiera sido esa la combinación fatal.

Y qué guapo era. No dejaba de sorprenderla, y tampoco podía controlar el efecto que mirarle tenía sobre su cuerpo. Y esa era la otra parte del problema. Era muy consciente de que si se enamoraba de él iba a sufrir, pero era aún más consciente de que si al final acababan acostándose para quitarse de encima la tonta tensión sexual que sentían iba a ser peor. Diego podía ser un gran hombre, y un gran amigo, pero sus novias eran de quita y pon, y muchísimo (muchísimo) más guapas, sexis y elegantes que ella. Y Lucía no se sentía preparada para tener sexo casual con él, ni para ser su follamiga, ni para verle después tonteando por ahí en las fiestas, como tenía por costumbre.

Debía ser fuerte, para protegerse. Aunque en ese momento su piel ardía y las ganas de pegarse a él y besarle le sobrepasaban, si acababan acostándose juntos no podrían volver a ser amigos. No habría marcha atrás. Y la tensión sexual iba y venía, y podría controlarla; pero el no poder volver a quedar con él para ir de tiendas, o a una lectura poética, o a una de sus exposiciones de fotografía y acabar después muertos de risa en un bar del centro tomando cervezas y sin importar que se hicieran las tantas, sin poder hablar con él de todo y de nada... eso realmente la mataría.

Tomó aire y decidió echarle un vistazo a su móvil, que estaba sobre la mesita, para empezar a despejarse. Tenía un par de mensajes de su madre pidiéndole ayuda esa mañana. En cualquier otro momento le hubiera puesto una excusa, pero ahora vio una buena oportunidad para pasar unas horas lejos de aquella intimidad cautivadora e insoportable entre los dos.

—Buenos días, bello durmiente —le dijo Lucía desde el otro extremo de la cama, mientras se destapaba y se incorporaba para ir al baño.

Diego abrió los ojos a tiempo para ver el precioso trasero de Lucía (cuyas curvas ni siquiera aquel pijama podía disimular) desaparecer detrás de la puerta del baño.

—¡Mi madre me ha pedido que la ayude con mi hermana después del desayuno! —gritó Lucía desde el baño, asomándose a la puerta con el cepillo de dientes en la boca—. No sé para qué necesita tantas horas de preparación. Más que vestirse de novia, parece que hay que embalsamarla.

Diego se rio, sin estar del todo despierto aún y se recostó de nuevo sobre la almohada. Lucía había dormido a pierna suelta, pero a él le había costado muchísimo pillar el sueño teniéndola tan cerca. Ella seguramente ni se acordaba de cómo él la abrazó y estuvo un larguísimo rato acariciándole la espalda y dándole pequeños besos en el pelo. No podía más. Necesitaba estar con ella. Necesitaba su olor, su piel y sus bromas mañaneras para él solo.

—... Así que... no sé si te importará volver a quedarte a solas un rato esta mañana —le dijo ella de pie a los pies de la cama, mirándole como si le pidiera disculpas—. Te llevaría conmigo, pero no creo que a mi madre y mi hermana les hiciera mucha gracia.

Diego volvió a reírse al imaginarse la escena.

—Tranquila, no me aburriré. —Se estiró, levantando los brazos por detrás de la cabeza y provocando así que la camiseta que llevaba puesta dejara al aire la curvatura los músculos que conducían a su ingle. Lucía no pudo evitar mirarle, del mismo modo que no pudo evitar acalorarse al ver lo bueno que estaba.

—Bueno... —dijo ella dándose la vuelta y alejándose de aquella visión que la perturbaba, de regreso al baño con algo de ropa del armario para cambiarse. Poco después salió ya cambiada, se despidió de él dejándolo solo y bajó rápidamente a ver si podía coger algo rápido de desayuno antes de que su madre comenzara a protestar.

Diego retozó un rato más en la cama, sin poder dejar de pensar en Lucía. La habitación estaba llena de sus cosas y aquella sensación de cercanía y de comodidad le estaba dejando totalmente fuera de sitio. Nunca había sentido nada así. Con nadie. Normalmente odiaba dormir en camas ajenas y, salvo con alguna de sus novias y por razones de fuerza mayor, no dormía acompañado. Y, sin embargo, la noche que había pasado con Lucía, compartiendo cama y espacio, le llenaba el corazón de un calor desconocido.

Cuando el hambre le reclamó, se vistió con la ropa del día anterior, cogió la cámara y la chaqueta y bajó al comedor. Después de servirse una generosa taza de café solo y picotear algo de la obscena cantidad de comida del bufé de desayuno, se sentó en una de las pequeñas mesas de a cuatro que tenían dispuestas a aquellas horas, saludando con un gesto a los pocos que recordaba de la cena de la noche anterior.

No tenía más intención que desayunar tranquilo; quizá, incluso, repetir el café. Estaba echando un vistazo a las fotografías que había sacado el día anterior a la fachada del edificio, y calculando con la luz de aquella hora como podía mejorarlas, cuando notó que alguien se sentaba en su mesa: una de las primas repipis de Lucía le miraba como si fuera un caramelo en la puerta de un colegio. Solo le faltaba sacar la lengua y acariciarse los labios para parecerse a cualquiera de las chicas

que Diego siempre se encontraba en las fiestas. De hecho, llevaba un top tan ajustado, y dejaba al descubierto un escote tan poco natural, que desentonaba totalmente con la ocasión y la compañía.

—Hola, yo soy Cayetana —le dijo con voz pastosa y un tono coqueto muy desagradable, acariciándole la mano unos segundos. Estaba claro a lo que iba—. Tú eres el acompañante desconocido de Lucía.

—Sí, soy yo —dijo él, sin muchas ganas de ser amable. Prefería que le dejaran en paz, pero la muchacha no se iba a dar por aludida, lo intuía. Nunca lo hacían. Había conocido a cientos como ella. Y, lo más curioso, en otro momento de su vida él se hubiera dejado seducir.

Cayetana volvió a intentar la caricia de la mano, pero Diego la apartó, molesto. No se podía creer la desfachatez de aquella gente; sabían que había venido con Lucía.

—Me preguntaba si podríamos quedar luego un rato tú y yo a solas, después de la boda y todo el jaleo —dijo ella. Directa al grano.

—Me parece que no va a ser posible —respondió Diego, sin disimular su incomodidad.

—¿Por qué no? —insistió ella, como si no se diera por aludida—. Somos dos adultos que solo quieren conocerse un poco mejor, ya sabes.

—No, no sé —cortó él—. Yo he venido con Lucía, para pasar el tiempo con ella.

A Cayetana le cambió la cara.

—Ah, eso...

Diego se despidió sin esperar la réplica y se marchó. Por primera vez en su vida, había sido sincero, y no le apetecía ligar. Esa sensación era nueva.

Lucía y él no se vieron hasta la hora de la comida. Diego aprovechó la mañana para mejorar las impresionantes fotos del día anterior del bosque y el entorno. Y también para no dejar de pensar en Lucía. Cuando la vio atravesar la puerta del comedor y vio que al localizarle con la mirada se le iluminaban los ojos, sintió una punzada de orgullo y de paz que intuía que cada vez le dejaba menos margen para tomarse las cosas con calma.

Le encantaba cómo le enmarcaba el delicado rostro ese cabello nuevo a mechas rubias; le encantaban sus camisetas un poco viejas, sus vaqueros desgastados, incluso sus jerséis ocho tallas más grandes.

—No tengo mucho tiempo —saludó ella rápidamente antes de ir directa a la cola para tomar la comida del mostrador—. ¿Qué hay para comer?

—Ni idea, yo también acabo de llegar.

—Me muero de hambre.

—¿Qué pasa, te han hecho trabajar como una esclava o algo así? —bromeó Diego.

—Más o menos... no me acordaba de lo quisquillosas que son las dos. De verdad. Han acabado con mi paciencia para lo que queda de año.

Diego se rio.

—¿A qué hora es la ceremonia?

—En hora y media. Así que hay que comer rápido y tengo que subir a ducharme y arreglarme. No sé si me va a dar tiempo a todo. Lo que menos me apetece es tener que tragarme una boda muerta de hambre.

—Pues vamos a arreglarlo.

Llegó su turno en el mostrador de la comida y una camarera de mediana edad sonrió al ver el guiño pícaro que Diego le estaba dedicando.

—Perdona, ¿nos puedes ayudar? —le preguntó él con ese tono que hacía que instantáneamente cualquiera le prestara atención—. Tenemos que asistir a la boda de dentro de un rato y no nos da tiempo a sentarnos a comer como Dios manda... ¿No tendréis algún plato para llevar... o algo de comida que se pueda subir fácilmente? Prometemos no manchar nada y devolverlo todo después.

—Claro, espera —dijo la mujer, totalmente entregada a la petición de Diego, y se internó unos momentos en la cocina.

—Me gustaría tener tu superpoder —le susurró Lucía mientras esperaban, un poco sorprendida aún, a pesar de que había visto a Diego hacer cosas así decenas de veces.

—¿Cuál?

—El de obnubilar a las señoras.

Diego se rio.

—Aunque no sé si también lo usas conmigo, la verdad —bromeó Lucía—. Quizá me estés manipulando para hacer cosas que no quiero y no me doy ni cuenta.

—La verdad, solo lo utilizo para el bien. Y para conseguir comida.

—Ya.

La señora salió con unos tápers desechables que les llenó de patatas fritas, croquetas y buñuelos de bacalao.

—Gracias. Te debemos la vida —dijo Diego de tal modo que hizo ruborizar a la camarera. Se acercó a la nevera que estaba en el costado y agarró sin preguntar un par de latas de refresco, que sentenció con otro guiño de agradecimiento a la mujer. Después tomó a Lucía de la mano para conducirla hasta los ascensores, y a pesar de que habían pasado la noche durmiendo en la misma cama, también consiguió ruborizarla a ella con aquel gesto tan repentinamente posesivo.

—Bueno, vamos a organizarnos —dijo Diego nada más entrar en la habitación—. ¿Qué te parece si yo me ducho primero rápidamente, y así tú comes algo mientras?

Lucía ya estaba sentada en la cama comiendo croquetas de uno de los tapers abiertos y le hizo un gesto de aprobación con la mano.

Para cuando Diego salió de la ducha, Lucía prácticamente se había terminado su ración. Le dio un último sorbo al refresco mientras observaba de reojo el torso desnudo de Diego (al menos, pensó, había tenido la decencia de salir con los pantalones puestos, que parecía que siempre buscaba ruborizarla adrede), y se metió en el cuarto de baño de un salto.

Lucía no se entretuvo, porque el tiempo corría en su contra, y no resultaba fácil con aquella ducha tan espectacular, que hacía salir el agua a la temperatura exacta, y con la fuerza necesaria para dejarla embobada y con la piel sensible por el masaje. Se secó el pelo un poco a lo loco, esperando recordar exactamente los pasos del recogido que había planeado hacerse y se maquilló en cinco minutos sin entretenerse en ponerse litros de base ni demasiado colorete: total, para eso estaba allí Diego rondándole, diciéndole cosas, cogiéndole de la mano, que siempre acababa provocando que se ruborizase. Y besándola.

Prefirió no volver a acordarse del beso. Al fin y al cabo, él no había vuelto a mencionarlo. Por el amor de Dios, que parecían dos adolescentes sin ninguna experiencia, con tantos besitos, abrazos y con tanta moñería.

Después de maquillarse Lucía se concentró y repitió delante del espejo el moño bajo que había estado practicando en casa, y entonces se dio cuenta de que se había dejado el vestido en el armario.

—¡Diego! —gritó asomándose por un resquicio de la puerta—. Casi estoy lista, pero necesito que me pases el vestido, por favor.

Él estaba sentado en la cama, descalzo, con un pantalón negro y una camisa negra entallada y remangada para dejar ver los tatuajes cuya visión cortaba la respiración. Se había secado un poco el pelo con la toalla y se lo había recogido en un moño. Lucía tomó aire. Iba a pasar toda la boda a su lado, oliendo su loción, viéndole caminar con esos pantalones, y sabía que lo iba a pasar estupendamente mal.

Diego se levantó para acercarle el vestido negro con encaje que Lucía le señaló y esperó a que ella saliera del baño.

Aunque salía descalza, se quedó sin palabras al verla: el vestido era de un tono negro luminoso y largo, con una falda vaporosa que dejaba entrever, según se moviera, una apertura lateral casi hasta la cadera; y en la parte superior, a pesar de ser de manga larga, era todo transparencia que se oscurecía convenientemente dejando la sombra de un top de palabra de honor en la parte delantera, con la espalda al descubierto.

—Pasa algo, pero no sé si contártelo —dijo Lucía, más preocupada de terminar de arreglarse los pliegues de la falda que de la cara embobada de Diego—. Eh... bueno. Me parece que voy a hacer caso de tu consejo de ayer... —carraspeó—. Creo que a este vestido le queda mejor que vaya sin

sujetador. Solo he traído dos, y ninguno de ellos son de esos que se disimulan las tiras. Había pensado ponerme el negro, que era el que llevaba cuando me lo probé, pero se verá un poco en la espalda y en los hombros y creo que así queda más bonito.

Se dio la vuelta, enseñándole la espalda suave y deliciosa que dejaba entrever la transparencia, y que la noche anterior Diego ya había recorrido mientras ella dormía.

—¿Qué me dices? —insistió Lucía—. Tú eres el experto en moda, di algo.

—Estás estupenda.

—Eso ya lo sé —sonrió Lucía, orgullosa—. Pero no le digas a nadie de mi familia que el vestido solo me costó sesenta euros en las rebajas de Zara, ¿vale?

—Prometido —dijo Diego.

—¿Y de lo otro?

—¿El qué?

Parecía que a Diego le costaba volver en sí, y eso divirtió a Lucía.

—¿De lo del sujetador!

—¡Ah! Eh...

—¿Qué? Un gruñido no es una respuesta.

—En serio, Lucita, no me hagas hablar de tus pechos o no te voy a dejar salir de la habitación.

Él lo dijo muy serio, con una luz de pasión y fiereza atravesándole la mirada que removi6 a Lucía todo por dentro, pero unos segundos después ella optó por tomárselo a broma, porque como hiciera caso a la repentina excitación que había surgido entre los dos le iba a dar algo.

—¡Anda ya! ¡Exagerado! —le pegó un ligero puñetazo en el hombro—. Eres de lo que no hay con las bromitas...

Lucía volvió a meterse en el baño para mirarse bien en el espejo y calibrar si se notaría mucho lo del sujetador. Sin embargo, al ver la delicada curva del vestido y lo bonita que quedaba la piel de su cuello y su espalda bajo la transparencia sin las tiras... prefería el riesgo. Esperaba que nadie se diese cuenta. O que todos creyeran que llevaba uno de esos sujetadores invisibles. De todas maneras, no contaba con que nadie aquella noche fuera a tocarla una teta para comprobarlo.

Por su parte, Diego se encontraba en un serio aprieto. Intentaba hacer memoria de la cantidad de veces que, hacía años, en el vestidor del restaurante, había podido ver o entrever los pechos de Lucía. Estaba seguro de que varias veces, porque allí dentro se comportaban a menudo con esa naturalidad. Y, sin embargo, ahora no conseguía quitarse de encima el deseo que sentía de arrancarle el vestido, lamérselos y chuparlos hasta perder el sentido. Y tendría que tenerla a su lado toda la ceremonia, y todo el convite, y... le iba a dar algo.

Optó por ponerse los calcetines y los zapatos finalmente mientras Lucía salía del baño y hacía lo mismo con sus tacones, y Diego intentó no mirarle el culito respingón que le hacían al ponérselos, y salieron del cuarto sin tener claro ninguno de los dos qué estaba pasando ni cómo iba a sobrevivir a la noche con sus mejores intenciones.

Capítulo 13

Tras haber pasado la ceremonia, el sí quiero y el protocolario beso de los novios, los saludos y las felicitaciones de rigor, los posados fotográficos con la familia, la cena y el sofisticado menú que les habían servido, tan exquisito que a Diego y a Lucía les hizo añorar todo el tiempo las patatas fritas y las fabulosas croquetas del mediodía, Diego se encontraba en una esquina, con una copa en la mano, observando a Lucía, que estaba bailando con su padrastro en la pista, feliz y despreocupada.

Ella, la que decía que nunca había razones para bailar, allí parecía totalmente entregada.

Durante todo el día había contemplado de su brazo cómo varias de las personas de su familia se acercaban a saludar de ese modo incómodo que tiene la gente amargada, que te dicen un cumplido metido dentro de un reproche y piensan que nadie se va a dar cuenta de lo mezquinos que son. Y había ido viendo cómo ella toreaba los desplantes con la mejor cara. Se alegraban mucho de verla, sí, porque ella nunca quería acudir a las cenas familiares. La veían muy guapa, claro, y querían saber cómo había conseguido pagarse un vestido tan bonito con su triste trabajo de librera. Y, sobre todo, había sufrido con la mejor sonrisa despreocupada que tenía la retahíla de comentarios insultantes sobre Diego. Él no entendía cómo aquella gente pensaba que era un cumplido decirle a él una y otra vez que era demasiado guapo para estar con ella.

No lo soportaba más.

Se desesperó un poco, soltó la copa y fue al baño. Cuando salió, en el pequeño descansillo, sin ser visto, reconoció la voz de una de las tías de Lucía que hablaba con la repipi Cayetana que se le había presentado en la mesa aquella mañana.

—... ya me extrañaba a mí que esos dos vinieran juntos. Mira que él es tan guapo que lo mismo es un chico de compañía o algo y lo ha contratado...

—Mamá... —se quejó la prima—. Sabes que no. La tía lo recuerda del restaurante. Es verdad lo que dice. Pero yo creo que es gay. No tiene otra explicación, porque he ido esta mañana a saludarle muy educadamente y ni me ha mirado.

—Pues vaya desperdicio...

—... ¡mamá!...

—Pero bueno, niña. Al menos tiene más sentido. Tu prima no habría conseguido alguien así en su vida. No sé quién se cree trayéndose a un tipo así para fingir que es su novio.

—Sí, eso sí —dijo la prima—. A ese tiarrón ella no le cazaba ni en sueños.

Y el tiarrón, en ese momento, decidió carraspear al pasar al lado de las dos mujeres, que se murieron un poco de vergüenza al verse descubiertas, con la poca decencia que conservaban, y disimularon como pudieron mientras seguían esperando la cola del baño.

Y con esa manera suya de hacer las cosas, de repente se le ocurrió cómo darles un pequeño escarmiento a todas aquellas víboras. Solo un poco de justicia; pero no por ellas, sino por él. Él quería la justicia. Algo le vibraba por dentro, algo muy eléctrico: quería hacerlo, y punto. Se moría de ganas. No era tanto la justicia, ni el escarmiento, sino aquella llama que llevaba días encendida dentro de él y no la apagaba nada.

Cruzó la pista de baile y con el cambio de canción interrumpió al padrastro de Lucía y le pidió un cortés permiso para llevársela. El hombre sonrió, amable, y se fue a buscar su bebida.

Lucía sonrió, ajena a toda la tormenta, o quizá feliz de que él, simplemente, estuviese allí.

Él la tomó la mano y la llevó al centro de la pista, en ese punto iluminado en que todas las mesas de alrededor podían verlos perfectamente, incluidos los novios. Aunque sonaba una música algo movida, una horterada insoportable típica del repertorio clásico, Diego se pegó a Lucía ante la sorpresa de ella y se inclinó hasta su oreja. Le apartó con las yemas de los dedos un par de mechones sueltos y ella se estremeció cuando le escuchó susurrar:

—Sígueme la corriente.

Le quiso responder mil cosas a eso. No tenía ni idea de a qué se refería, pero el susurro, su voz, su aliento y el leve roce la dejaron sin palabras. Diego percibió que algunos les prestaban atención.

Entonces él, sin más, se acercó a su boca y la besó. Lo mejor no era su aliento, ni lo suaves que notaba sus labios, sino que, tras un par de segundos de conmoción, pudo sentir cómo ella se lo devolvía y abría la boca para dejar pasar la lengua de Diego, que la devoró con avidez. Ella se aferró a su torso debajo de la chaqueta y le apretó contra sí. Y Diego quiso quedarse allí para siempre.

Se despegó poco a poco, olvidándose del juego que había pretendido y del resto de los que los miraban desde los márgenes. No dijo nada. La miró a los ojos, esperando ver su reacción. En cierto modo, tenía miedo de lo que acababa de hacer. Para él ya no había marcha atrás.

Lucía creyó entender que lo que acababa de pasar tenía que ver con la cara de amargadas de sus primas, que les observaban bailar abrazados en el centro de la pista, aunque el beso la había dejado temblando. Suspiró, le abrazó, apoyando la cabeza contra su pecho. Siguieron bailando. Por un momento sintió un pequeño vacío: le hubiera encantado que fuera de verdad.

Se quedaron así hasta que la canción terminó. Luego pusieron una de pachanga que a Diego no le apetecía nada, así que agarró la mano a Lucía con la intención de llevársela de allí y ella le siguió. Esquivaron a un par de camareros y al resto de invitados y salieron al jardín exterior por una de las cristaleras.

Afuera ya había oscurecido y hacía un poco de fresco. El lugar estaba iluminado con gusto y casi todo el mundo estaba dentro, pero, aun así, Diego se encargó de subir por un pequeño camino en dirección al estanque del fondo del recinto, lejos de las miradas de la fiesta.

—Gracias, Diego. Supongo que todo esto tenía que ver con mis primas y mis tías, por la cara que

han puesto. Vaya día me han dado... —dijo ella, girándose cuando por fin pararon para no verle en ese momento—. Ya nos hemos dado dos besos de más, y no hace falta seguir por ahí.

Y eso iba a ser todo, se dijo. El estanque, a la luz tenue de las farolas, parecía un diminuto rincón romántico de un palacio francés. Ahí se acabaría esa historia extraña entre los dos, porque al día siguiente regresarían a su rutina y acabaría en encantamiento del lugar, el viaje y la cama compartida. Pero, para sorpresa de Lucía, Diego se acercó a ella por la espalda, la hizo girar suavemente y se quedó parado tan cerca de sus labios que Lucía no podía siquiera verle, solo sentirle, olerle. Diego subió las manos hasta su cara, sujetándola con firmeza para que no se escapara.

—Pues yo necesito seguir por ahí —susurró él, como una declaración de amor, y después la besó despacio, saboreando sus labios, acariciando su mejilla con los pulgares mientras casi pedía permiso para que ella le permitiera entrar con libertad en su boca.

Y fue ahí donde Lucía perdió el control y se agarró a él con todas las ganas que venía acumulando, sin saberlo, desde hacía años. En ese momento solo quería que aquel hombre tan maravilloso la besase, que sus manos la tocasen, poseerle de algún modo que pudiera dejarla satisfecha. El beso creció hasta convertirse casi en una pelea cuerpo a cuerpo. Sin soltar su boca, las manos de Diego bajaron hasta los pechos de Lucía y los acarició sin miramientos, sabiendo que no llevaba encima más tela que la del vestido, provocando un gemido en ella que le dejó ronco de placer. Lucía también bajó las manos hasta aferrarse a su trasero y le apretó tanto que ambos empezaron a trastabillar hasta que tuvieron que separarse unos minutos para no caer al agua del estanque.

Se quedaron mirando, jadeantes, aún abrazados y con más deseo del que podían procesar.

—Vamos arriba —casi suplicó Diego.

Pasaron unos segundos larguísimos en los que Lucía se dio cuenta de que mientras le acariciaba los brazos, mientras aquel hombre tan arrebatador le respiraba casi en la boca, muerto de deseo, no era capaz de tomar ninguna decisión sensata.

—Vale —asintió Lucía, y Diego ahí se desconectó por completo.

Capítulo 14

No podían dejar de besarse ni de recorrerse la piel con las manos y la boca, y les daba igual que alguien del hotel les viera mientras subían. En el ascensor hubo un momento en que Diego la mordió ligeramente en un punto exacto detrás de la oreja que hizo que Lucía casi se derritiera allí mismo. Para cuando entraron en la habitación ninguno de los dos llevaba mucha cuenta de cuánta ropa llevaban encima ni de dónde la habían dejado. El primero en quitarse los pantalones y la camisa casi de un tirón fue Diego, sin soltarse en ningún momento de Lucía, que apenas acertó a descalzarse. Cuando él abrió la cremallera del pantalón ella aprovechó para acariciarle la tremenda erección por encima de los calzoncillos mientras no dejaba de besarle en el cuello y la mandíbula. Y se sorprendió, sí. Sonaba a cliché, pero qué bien hecho que estaba aquel hombre.

Le escuchó gemir por la caricia y eso le hizo perder el sentido unos segundos.

—La cremallera —susurró Lucía entre besos, señalándole la del vestido en la espalda, que ahora no alcanzaba a desabrocharse sola. Requería cierta pericia y a ella se le había marchado toda la sangre del cerebro.

Se dio la vuelta para facilitarle la labor y cuando él se la bajó y le hizo desprenderse de todo el vestido, dejándola únicamente con unas braguitas negras de encaje, aprovechó para quitarse de un golpe también los calzoncillos y pegarse a su espalda completamente desnudo. Lucía notó su erección contra el trasero y las manos de él acariciándole los pechos desde atrás, pellizcándole los pezones de un modo que hacía que le temblaran las piernas.

—Te explicaría lo malo que me puso antes cuando dijiste que no llevabas sujetador —susurró él mientras le llenaba de besos los hombros y el cuello y seguía poniéndola a cien con las caricias —, pero no puedo hablar mucho ahora mismo.

Lucía se giró, quitándose a su vez las braguitas, para acorrallar a Diego contra la pared del recibidor y sentir todo su cuerpo desnudo contra el suyo de un modo que encendió mil avisos de alarma en cada célula de su piel.

—Yo tampoco —respondió ella cogiéndole de la mano y llevándolo a la cama.

Apartó el edredón cómo pudo y Lucía cayó de espaldas, con Diego entre sus piernas, Y ninguno de los dos tuvo tiempo ni ánimo de pedir un poco de calma. Más que besarse, parecía que se estaban devorando.

—Espera —dijo ella, cayendo de repente—. Yo no he traído condones.

—Yo sí.

—Joder, menos mal, qué agobio me ha entrado en un momento... —Lucía se echó a reír, nerviosa, mientras contemplaba el impresionante espectáculo de Diego levantándose, desnudo y erecto por la habitación a media luz, para dirigirse a su neceser del baño donde siempre que salía de viaje metía algunos preservativos.

Diego volvió y se echó a su lado. Ya se lo había puesto, para sorpresa de ella, volvió a la labor con total dedicación, a besarla en el hombro para acabar mordisqueándole el lóbulo de la oreja.

—Diego, cariño —gimió Lucía, y la forma en que dijo su nombre hizo que a Diego le recorriera una oleada de placer por todo el cuerpo—. No estoy para muchos preliminares ahora mismo...

Y no dudó para volver al espacio que ya había reclamado antes, encima de ella, entre sus preciosas y esbeltas piernas que ya tendría tiempo más delante de acariciar y recorrer, poniéndose cada vez más enfermo al ver cómo ella se arqueaba bajo sus besos y caricias.

—Oh, Diego, hazlo ya... —susurró Lucía, y él se introdujo dentro de ella con una embestida, comprobando que aquel hueco de su cuerpo parecía hecho a medida para él. Los dos comenzaron a moverse involuntariamente al compás. Diego se sentía completamente fuera de sí, y completamente enamorado. Lucía levantó las piernas sobre su espalda para acomodarse y con el gesto Diego pudo sentirla aún más adentro, y creyó que se moría. Trató de besarla, pero en ese momento sintió en su propio cuerpo las oleadas de placer que recorrían a Lucía, y ella echó la cabeza para atrás, incapaz de moverse y tan solo dejándose llevar por aquella deliciosa corriente.

Nunca, en toda su vida, había sentido un orgasmo tan devastador. Diego tampoco. En un par de embestidas más sintió que se iba, y se lo dijo a Lucía, pero ella todavía estaba lejos; así que se acomodó y se descargó dentro de ella sintiéndose por primera vez repleto, y no vacío.

Tardaron unos minutos en volver en sí. Diego salió y se acostó pegado a ella mientras se recuperaba. Lucía tenía la mano en la cara y estaba acalorada y feliz. Se giró para mirarle. De alguna manera, estaba aún más guapo ahora. Más aún que recién despierto, más aún que dormido, o recién salido de la ducha. Aquella cara de placer y felicidad se la había causado ella y se sentía... orgullosa. Era extraño, nunca se había sentido así después del sexo.

Se acomodaron en uno contra el otro, desnudos bajo el edredón y enredados, y siguieron besándose y acariciándose con la modorra del sueño que les fue invadiendo. Diego quería hacer muchas cosas más con Lucía, pero se sentía incapaz de moverse, y la convicción de que a partir de ese momento tendría todo el tiempo del mundo para probar todo lo que se le ocurriera le parecía la idea más feliz que había tenido en toda su vida.

Se durmieron, ignorando el fin de la fiesta, el ruido de algunos invitados alegres volviendo a gritos a las habitaciones, los coches de otros tantos marchándose de madrugada, metidos en aquella burbuja de paz mullida, hasta que el móvil de Lucía comenzó a vibrar insistentemente y al abrir los ojos se dio cuenta de que no había dado una cabezada, sino que se había acabado haciendo de día en un suspiro.

Diego dormía con la cabeza recostada entre sus pechos, y lamentó tenerse que mover para alcanzar el móvil.

Su madre acababa de dejarle dos llamadas perdidas y media docena de mensajes, a cada cual más molesto.

Se levantó deprisa y se puso una camiseta del armario y unas braguitas. Por alguna razón, se sentía más cómoda discutiendo con ella vestida.

Marcó y esperó.

—Mamá, ¿qué ocurre? —dijo en cuanto descolgó, para recibir toda una retahíla de reproches por haberse ido pronto de la fiesta y por no responder a sus mensajes.

—¡Joder, mamá! ¡Qué susto! ¡Pensaba que era serio!

—...

—¡No, no lo es para andar llamando a lo bruto a las ocho de la mañana! ¡Solo se os ha roto el coche, joder, ni que se hubiera muerto alguien!

—...

—¿Pero a qué hora tenéis que salir?

—...

—¿¡Qué!? Pero... ¡para qué me despiertas ahora si hasta mediodía no hay prisa! ¡Mamá, esto no es normal!

—...

—Ya...

—...

—Ya... Bueno, me da igual. En un rato bajo.

—...

—Pues en un rato, ¡yo qué sé! ¡Al menos me quiero duchar!

Lucía colgó sin esperar respuesta. Estaba tan furiosa que ardía.

El intercambio a los pies de la cama había hecho que Diego se despertara. Se incorporó y tiró de la camiseta de Lucía hasta que ella acabó derrumbándose de nuevo contra la cama, notando todo el cuerpo desnudo de Diego bajo el de ella, algo que le impedía pensar con claridad.

—Buenos días —dijo ella con una pequeña sonrisa—. Perdona, pero estoy de un humor de perros. Ahora mismo destrozaría un buldócer a mordiscos.

Diego no pudo evitar reírse.

—¿Si te beso me vas a morder a mí?

—Eh... no me he lavado los dientes ni nada...

—Me da igual.

Volvió a tirar de Lucía para que cayera sobre él y la besó despacio, saboreándola. A Lucía los besos de anoche la habían puesto a mil, pero aquel beso de buenos días auguraba otras cosas mucho mejores.

Cuando se separaron, ella resopló, pesarosa.

—No me puedo quedar. Mi padrastro ha ido a mover el coche esta mañana y no tiene batería, o yo qué sé, y no quieren esperar hasta que venga la grúa porque quieren llegar pronto a casa para no sé qué... Que quieren venirse con nosotros en el coche, vamos.

—¿Tanta urgencia para eso?

—Si te digo yo que normalmente tengo ganas de asesinarla, es por algo. Me voy a duchar, bajaré a desayunar, y luego —tomó aire, haciéndose a la idea—, iré a ayudarles con las maletas y nos vemos abajo, en el aparcamiento, ¿como en una hora? ¿Te dará tiempo a tenerlo todo listo y desayunar?

—Claro, no te preocupes —dijo él acariciándole la mejilla mientras se resentía de tenerla que soltar.

Lucía se duchó, hizo rápidamente su maleta y cuando salió de la habitación fue cuando notó que la magia comenzaba a desvanecerse. Se dio cuenta de la realidad de lo que había ocurrido allí aquella noche y del problema que tenía por delante, mucho más terrible que tener que aguantar a su madre histérica durante una hora de viaje.

Capítulo 15

A pesar de que Diego y el padrastro de Lucía conversaban animadamente sobre la liga argentina (habían descubierto que a ambos les encantaba el Boca), la tensión se podía masticar dentro del coche. La madre de Lucía estaba enfadada porque su hija se marchó de la boda sin decir nada, y a Lucía le cabreaba como pocas cosas en su vida que su madre se hubiera atrevido a exigirle explicaciones, cuando ellos dos se marcharon cuando ya se había cenado, se había partido la tarta, y los invitados estaban ya embolicados con la barra libre y el baile desde hacía rato. Lo único que quería Lucía era llegar cuanto antes y desaparecer. Convertirse en un diminuto puntito de luz en un rincón en el que nadie reparase nunca.

Ni siquiera tenía ánimo para hablar con Diego. Una vez el efecto de la noche y de los besos se enfrió, se dio cuenta de que había acabado haciendo con él justo lo que siempre se dijo que no haría. Estaba enfadada, pero sobre todo con ella misma. Y, sobre todo, porque la noche anterior, con él en la cama, se había sentido mejor que nunca. No había sido solo sexo, sino que notó cómo Diego la mimaba y la cuidaba como si fuera una joya preciosa, o un tesoro incalculable, y no estaba preparada para eso. No sabía qué hacer ahora, porque todos los escenarios que podía imaginar acababan en el Diego que ella conocía, incapaz de tener una relación comprometida, y ella, al otro extremo, incapaz de volver a tener una relación de solo amigos con él, y mucho menos una relación de amigos que de vez en cuando se acuestan juntos. Le miró de reojo en el asiento del copiloto sin perder de vista la carretera. Diego se reía con su padrastro, relajado y con una expresión de felicidad en los ojos que la hacía sentir aún más enamorada.

Era imbécil.

Así que Lucía guardó silencio todo el trayecto, como en una nube que le impedía pensar.

La casa de Diego les quedaba de camino a casa de sus padres, y se desvió para dejarle primero a él, aun sabiendo que era cobarde y no muy buena idea. Pero tenía tanto miedo a tener con él aquella conversación... a que él le dijera finalmente que había sido muy divertido lo de la noche anterior, pero que se podían seguir quedando como amigos...

Cuando Diego vio que se desviaban para su casa puso cara de extrañeza e intentó quejarse, pero Lucía dio por hecho que no merecía la pena dar vueltas con el coche por la ciudad. Y él calló, más extrañado aún de lo que estaba por su silencio.

Cuando por fin aparcó cerca del edificio de Diego, salieron los dos del coche, en teoría, para recoger la maleta de Diego del maletero. Pero nada más sacarla y cerrar la puerta, en la ínfima intimidad de aquel momento juntos, Diego acarició con cariño la mejilla de Lucía, loco por besarla y abrazarla. Lucía no se retiró, pero su cara era todo dudas y dolor.

—Entiendo que me dejes a mí primero —dijo Diego, comprensivo—. Pero luego nos vemos, los dos solos, ¿vale?

—No lo sé, Diego —se sinceró ella.

—¿Cómo que no lo sabes?

—Hablamos dentro de un par de días, ¿vale? Necesito pensar.

—Espera, Lucía —dijo él, agarrándola de la mano y reteniéndola—. Explicame esto. No entiendo nada.

—Diego... —se quejó Lucía, soltándose y bajando la voz para que sus padres no se entrometieran—. En serio, dame un par de días y hablamos.

Lucía huyó de él, regresando al coche y arrancando en cuanto pudo. Y Diego se quedó destrozado viéndola marchar.

Subió a su casa y dejó la maleta, pero al verse allí solo de nuevo no consiguió sentirse cómodo ni dejar de dar vueltas a lo que ella había dicho, incapaz de sacar ninguna conclusión decente. Todavía era domingo y faltaba un rato para mediodía, y no le apetecía nada pasar el día solo allí comiéndose la cabeza, así que llamó a casa de sus padres, les avisó de que había regresado un poco antes del fin de semana, y les preguntó si podía sumarse a la típica comida dominical de su familia a la que Diego solo asistía cuando el turno en el restaurante le dejaba.

El viaje en el metro se le hizo eterno, y todo tenía de repente un tono pastoso y aburrido que no conseguía quitarse de encima. A pesar de alegrarse de estar con su familia, sentía que todo le daba igual mientras Lucía no quisiera estar con él. Tenía pánico a que ella se lo confesara, a que no solo dejaran de ser amigos, sino a tener que renunciar a aquel futuro maravilloso que la noche anterior había rozado con los dedos.

Qué iba a hacer él ahora, sin poder dormir con ella todos los días como aquel fin de semana. Sin volver a besarla, sin hacerle el amor de todas las maneras imaginables. Estaba enamorado, y estaba jodidísimo, y su hermano no le quitaba la vista de encima mientras trasteaba taciturno con el tenedor sobre un trozo de lechuga.

—Andá, vení para acá que vamos a hablar vos y yo —le dijo su hermano con un par de palmaditas en la espalda en un momento que sus padres se encontraban terminando de preparar el postre en la cocina.

Diego obedeció y siguió a su hermano hasta el cuartito del fondo, y ambos se sentaron en el borde de la cama.

—Estás fatal y se te ve, Diego. Contame la cosa, o vendrán tus padres a insistir y ellos no serán tan amables.

—Martín, tampoco es nada raro —se confesó él—. Ando enamorado, pero ella ha decidido que necesitamos un par de días para pensar, o yo qué sé.

—¿Pero es como siempre, o enamorado de verdad?

Diego lo pensó unos minutos.

—Como nunca. Bien enamorado. De verdad que la quiero para bien, Martín.

—¿Y ella qué piensa?

—Yo creo que está igual que yo, pero mucho más muerta de miedo. Pasamos el fin de semana juntos y... —se quejó Diego— yo pensaba que estábamos rebien, pero a la mañana se pone rara, de repente salen excusas y no hemos podido tener un rato para sentarnos y charlar. Y cuando le digo de encontrarnos, me da largas y me dice que necesita un par de días. ¿Qué quiere decir eso?

—La verdad es que no lo sé —se sinceró Martín, tratando de animarle—. Yo nunca te he visto así, así que debe ser bueno.

—Lo es.

—Pues... dejale el espacio que te ha pedido, pero no la sueltes. Dale esos dos días, y vas a buscarla y yo qué sé... terminala de enamorar.

Diego se rio.

—Martín, te quiero mucho, pero ese consejo es una mierda.

—Ya lo sé, pero no tengo otro.

—Quizás sea así de sencillo, ¿no?

Quizá lo fuera.

Capítulo 16

El resto del domingo fue malo, pero el lunes se les presentó a los dos como uno de los días más difíciles de su vida. Fueron incapaces de dormir, ni de comer tranquilos, ni de trabajar a buen ritmo, cada uno por su lado. Lucía sentía un nudo imposible en la boca del estómago que la acompañaba con cualquier pensamiento. Antes de mediodía Diego no podía más con las ideas que volaban como locas en su cabeza, tratando de imaginar qué ocurría con Lucía al mismo tiempo que quería dejarle el espacio que había pedido.

Por primera vez en su vida se sentía aterrorizado de que una mujer le rechazase. No contrariado, ni enfadado, ni molesto, sino triste y perdido. No quería siquiera acercarse a la realidad de que, probablemente, Lucía no le quisiera para nada más que algún revolcón de vez en cuando.

Cuando terminó su turno, a primera hora de la tarde, vagabundeo de camino a casa, móvil en mano, y finalmente se decidió a mandarle un pequeño mensaje de audio rompiendo la tregua que le había pedido.

Hola, Lucita. Yo te dejo todo el tiempo que tú quieras, pero realmente me muero de ganas de hablar contigo. No te olvides de eso. De verdad... de verdad que lo de este fin de semana ha sido especial... Por favor, llámame.

Y escondió el teléfono en el bolsillo, sin más balas en la recámara, sin saber qué más hacer con ella, y decidió seguir caminando un rato más sin rumbo.

Cuando Lucía, al otro lado, escuchó el mensaje con la voz danzarina de Diego, se derrumbó. Las imágenes de la noche que habían pasado en el hotel la golpearon con fuerza y la dejaron aturdida en el salón de su casa, casi a oscuras y sin poder moverse. En realidad había sido un mensaje muy bonito, lejos de esa idea a la que ella se aferraba de un Diego que solo quería sexo. Notaba las ganas de llorar en la garganta, y reconoció que era ella la que estaba alargando su propia angustia.

Decidió devolverle el mensaje.

Hola, Diego. Gracias por dejarme un poco de espacio, y perdona que no haya dicho nada. De verdad que tenía que pensar y... se me hace difícil gestionar todo el amor que siento por ti, y lo que pasó el fin de semana... Aunque tenemos que hablar. Podemos quedar mañana en la cafetería de siempre, si quieres. Ya me dirás.

Lucía lo mandó sin pensar más en lo que había dicho, y se dejó caer en el sofá.

Diego notó que el móvil vibraba en el bolsillo y cuando vio el mensaje de respuesta de Lucía casi le da algo. Eso era. Ahí estaría todo lo que ella quisiera decirle. Lo abrió con un poco de miedo, pero decidido a solucionarlo cuanto antes. Y casi se cae al suelo de la impresión.

Lo escuchó un par de veces seguidas. Lo había dicho. Ella decía que sentía amor por él y él... estaba cansado de que los dos fueran unos estúpidos.

Se dio cuenta de que mientras caminaba había acabado cerca del barrio de Lucía, como un núcleo de luz hacia el que se sentía irremediablemente atraído, y decidió presentarse en su casa. Tal cual, recién salido del trabajo, sin flores, ni regalos, ni grandes declaraciones. Casi corrió por las calles de lo feliz que estaba. Al llegar al edificio de Lucía, aprovechó que un vecino salía en ese momento para subir directamente a su piso, sin preguntar. Llamó al timbre de la puerta y...

... Lucía no esperaba a nadie. Se levantó del sofá y abrió sin mirar quién era, y entonces sintió a Diego, más que verlo, abalanzándose sobre su boca con toda el hambre acumulada desde la noche que pasaron juntos.

Diego la besó antes de darle ninguna explicación, porque no pensaba dejarla escapar. La levantó en volandas, la hizo entrar en la casa y no se despegó de ella hasta que aterrizaron ambos en el sofá del salón.

—Hola, eh... —acertó a decir ella cuando la soltó. Se notaba ardiendo, incapaz de pensar con claridad. Diego la tenía agarrada por la cintura y la había colocado a horcajadas sobre él.

—Te lo tengo que explicar —admitió él sin dejar de acariciarla ni de darle pequeños besos en la cara, alrededor de los ojos, en la comisura de los labios—. Acabo de escuchar tu mensaje y no voy a esperar a mañana para quedar contigo. Perdóname, porque llevaba todo el fin de semana intentando decirte que yo también estoy enamorado de ti y no me salía. A veces soy un poco terco. Espero que puedas acostumbrarte a eso. También me gusta tomar café solo por las mañanas antes casi de despertarme. Aparte de eso no tengo muchos vicios, salvo los asados que hacen mis padres los domingos.

—Diego... —susurró Lucía entre sus labios—, estoy perdida, no sé de qué me hablas.

—De que te quiero.

—Y yo a ti —sonrió ella acariciándole la cara, tratando de procesar lo que acababa de suceder. No se podía creer que aquel torbellino de energía y vitalidad realmente estuviera enamorado de ella con tanta rotundidad, sin condiciones ni trampas.

Diego sonrió, feliz como nunca en su vida de tener aquella mujer maravillosa para él solo y que le aceptase.

—¿De verdad me quieres? —le preguntó él con la mirada traviesa, casi pidiendo que se lo repitiera. Lucía le besó como única respuesta, acariciando sus labios con la lengua, saboreándole a placer y restregándose contra su pecho, para impregnarse de su olor.

—Y también... —consiguió decir él—... te estoy hablando de que yo quiero hacer lo del sábado todas las noches... —Comenzó a besarle el cuello mientras a ella se le ponía toda la piel de gallina al sentir sus labios en esa zona tan delicada—y, aunque suene cursi, quiero hacerlo para el resto de mi vida.

Se apartó y la miró a los ojos.

—Sí que suena cursi —sonrió Lucía.

—Eres lo mejor que me ha pasado en la vida. Y además estás buenísima.

—Eres todo un poeta.

—La poesía te la dejo a ti, si quieres.

Y no les dio tiempo a llegar a la cama, porque empezaron a desnudarse allí mismo, en el sofá, y a retomar entre besos y caricias el tiempo que sentían que habían perdido.

Epílogo

Un año después

La montaña les recibió con el indiscutible aroma del petricor y el frescor de la sombra de los enormes pinos. Había estado lloviendo todo el día y seguía bastante nublado, pero no se resistieron a acercarse a la roca después de dejar las cosas en el hotel. El año pasado, en aquel mismo lugar, los dos se dieron cuenta de lo que sentían el uno por el otro; entonces nacieron las dudas, pero también la esperanza. Y a Diego no le pareció mejor lugar para celebrar su primer aniversario juntos, como él mismo se había prometido entonces.

Se lo intentó explicar a Lucía, pero ella le dijo que eso era demasiado cursi para él, y no le creyó. Sencillamente, dio por hecho que lo que quería era regresar a la mullida camas de matrimonio, y al bufé libre, por supuesto.

Y le parecía perfecto. En realidad, todo aquel año con Diego le había parecido perfecto. Siempre había escuchado hablar que las relaciones son complicadas, que el primer año es el más difícil; o estaban los que decían que el primer año era todo flotar sobre las nubes, y que lo difícil comenzaba entonces. En cualquier caso, los dos estaban cansados de tener que dar explicaciones de su relación. Durante aquellos doce meses habían aprendido a amarse cada vez mejor, y a aprender a vivir en el otro la mejor versión de cada uno.

Era empalagosamente maravilloso, la verdad.

Lucía se había girado para contemplar una hendidura del valle que bajaba hasta un torrente que, por las lluvias de aquella estación, llevaba más agua que el año pasado, y cuando se giró y vio a Diego a su lado, de rodillas, se le paralizó el corazón del susto.

—Ay, no... no... Diego, dime que no... —Lucía comenzó a reírse nerviosa.

Diego trasteaba con la tarjeta de memoria que se había caído al suelo, y que intentaba devolver a la ranura antes incluso de incorporarse, cuando vio a Lucía con cara de pavor, pálida como una hoja, mirándole fijamente y esperando su respuesta.

—¿Qué te pasa? —preguntó él, sin entender.

—Diego, que no estoy preparada para esto...

—¿Para qué?...

—No te estás declarando, ¿verdad? —comprendió Lucía al ver su cara de desconcierto, y Diego se puso inmediatamente de pie como única respuesta.

Lucía comenzó a reírse, sin poder controlarlo. Se acercó y le besó dulcemente.

—Lo siento, es que pensaba que estabas aprovechando el paisaje, o yo qué sé... No es que no te quiera, ¿eh? No te lo tomes a mal...

—No me lo tomo a mal, tranquila —dijo Diego, besándola en la cabeza sin terminar de entender—. Se me había caído la tarjeta de memoria.

—Gracias.

—¿Por no declararme?

—Sí...

Se sentaron en la gran roca en silencio, a esperar a que la luz cediera un poco y Diego sacara la primera fotografía del centenario que ya tenía planeado en la cabeza.

—Pues... —dijo Diego, finalmente—. Ahora que lo dices... Sí que me parece una buena idea casarme contigo. En realidad, no lo había pensado, pero ahora me parece una idea fantástica.

—Oh, no... Diego... —le advirtió Lucía entre risas—. ¿Me lo estás diciendo en serio?

—Tranquila, que no te lo voy a pedir ahora. Quizá esta noche.

—¡Ay, Diego! ¡Deja ya los sustos! —le recriminó Lucía, dándole un cariñoso puñetazo en el hombro.

—Bueno, pero... me lo guardo. Dejaré que te hagas a la idea. Y el día menos pensado te lo pediré. Nada me apetece más que pasar el resto de la vida contigo, la verdad.

Lucía se recostó sobre su hombro, sin atreverse a decirle nada. A ella también le parecía una idea fantástica, pero no se lo iba a confesar en ese momento.

Table of Contents

[CoverImage](#)
[Portada](#)